

Al mi hijo Attilio Vincenzi

Tú me comprendes, hijo... ¡Cuán hondo es esto! Barro de mi barro y luz de mi luz. Tú sabes cómo este secreto impulso de mi ser me empuja, más allá de mí mismo, sobre las lejanías sin término. Y tu ojo aquilino me observa, sereno y confiado, más que ninguno otro en el mundo. Por eso reclino mi cabeza en tu espíritu, en los momentos en que esta angustia me agobia y tira de mi corazón, desgajándolo con sus garfios. ¡Hijo mío, tú me comprendes!

Gracias, hijo. Cuando todo se enturbia o vacila en torno mío, apareces tú, iluminando los abrojos eternos, con tu fe y tu tranquilidad y tu amor sereno y fuerte.

Veo a todos los míos apoyados en ti, como si estuvieran al pie de una encina gigantesca, que apenas se mueve con la tempestad. Muchas veces me acerco, espantado de mi inquietud, a tu sombra, hijo mío.

Había de decirlo y ya está dicho en el instante en que agito, de nuevo—¡cuántas veces, Dios mío!—el pañuelo de las despedidas sin fin, lleno de lágrimas.

Moisés Vincenzi

1941

El Conocimiento

1.—¿Puede el hombre, producto de la sabiduría divina, comprenderse a sí mismo? No obstante, existe en él un imperativo contradictorio que lo impele a intentarlo. Antinomia inasequible, pero necesaria, del espíritu humano.

2.—Aparece el hombre: piensa, siente, quiere; observa, mide, enumera, proyecta, actualiza sus conocimientos. No piensa sin quererlo ni sentirlo. No siente sin reflejar, en cualquier forma mínima o máxima, sus sentimientos, en el espejo de sus ideas y deseos. No quiere, sin proyectar sus impulsos sobre las otras facultades humanas. No puede observar sin pensar, sin sentir y sin querer hacerlo. No mide sin observar; no enumera sin medir; no proyecta sin enumerar; no actualiza sin el correspondiente proyecto.

3.—Cada idea es un espejo o un diminuto juego de espejos en que se reflejan, de un modo u otro, los innumerables gestos del yo. Y cada sentimiento; y cada impulso volitivo. Es más: estas imágenes se mezclan, se funden o se emulsionan constituyendo un cuerpo radiante susceptible de crecer, de enfermar y de morir.

4.—Los sistemas filosóficos no son más que asociaciones celulares cuyo destino no va más allá que la vida de un animal o una planta. La tortuga vive centenares de años y ciertos árboles de California soportan más de mil vueltas alrededor del sol.

5.—Lo eterno y lo instantáneo se funden, contradictoriamente, en un vértice de lo divino.

6.—Todo es eterno para la Divinidad e instantáneo para el hombre.

- 7.—Soy análogo a lo diferente en cuanto soy diferencia.
- 8.—Progresar equivale a dejar de ser lo que soy dentro de lo que soy.
- 9.—La primera antinomia vital está en el devenir: sin su movilidad todo sería una quietud sin sentido alguno; sin su permanencia, todo dejaría de ser en el menor fragmento de tiempo. Por tanto, todo es porque no es; y todo no es porque es. La vieja razón no lo comprende.
- 10.—El universo es la perenne creación en la quietud eterna.
- 11.—Cuando una idea plana cae en el suelo se asienta en su propia quietud; cuando es un aro, rueda, según su dirección y su impulso, mucho más allá del sitio en que cae; cuando es una esfera se desliza en el menor declive, porque su forma, la más bella de todas, al menos para el hombre moderno, es la más propicia al cambio de lugar. En circunstancias análogas, la esfera armoniza, en sí misma, una mayor cantidad de masa que el plano quieto o el aro vacilante. Ideas esferas: las que amasan lo abstracto general, con lo emotivo particular; y se disparan, por el mundo, con la catapulta de los deseos dirigidos.
- 12.—Las ideas planas pueden servir de adoquines para que pase, sobre ellos, la rueda victoriosa. O el destello inasible de las esferas celestes.
- 13.—Reconoceréis las ideas planas porque no mueven a obrar con despejo. Tienden a formar lápidas sobre los sepulcros del espíritu.
- 14.—Hay ideas raíces, que trabajan, en la oscuridad del suelo, para reverdecer, en múltiples imágenes, a la claridad de la luz. Ideas troncos que semejan columnas de catedrales. Ideas ramas y hojas y flores y frutos, que pueblan de símbolos las vastas llanuras de los continentes o la cumbre de sus montañas. Ideas libélulas y pájaros; huracanes y tormentas. El devenir-volcán sin límite alguno—las arroja en torrentes de agua, de humo o de fuego, sobre el alma milagrosa del hombre y del mundo.
- 15.—Las ideas del genio no niegan a las del gusano: las trascienden simplemente. Sé que el pétalo no es la negación del

árbol, del bosque o del cosmos entero. Tampoco el átomo niega la presencia del pétalo: lo mantiene en el misterio de su divinidad, donde lo pequeño es tan grande como lo infinito.

16.—Deseos y sentimientos raíces, troncos, ramas, hojas, flores y frutos: impulsos y conmociones vitales del hombre, mantenidos, en lo secreto, por fuerzas divinas. Los mueve el ritmo de las aguas sin horizontes, desbordado, más allá de la vida, en música eterna.

17.—Si no hubiera posibilidad de desbordarse sobre sí mismo en un desplazamiento del valor humano, la libertad sería cosa inútil, porque está hecha para la conquista de lo nuevo. El propósito de la libertad es anonadar y crear formas vitales. A su contradicción primaria de moverse en un mundo necesario, agrega dos más: la que impulsa, en su cambio perenne, los modos decrepitos de existir, hacia la nada; y la que extrae de ella, en su continua creación, los juveniles que la justifican.

18.—¿Qué puedo ser que no deba ser tarde o temprano? Toda estrella cubre, inexorablemente, la longitud de su órbita.

19.—Lo más bello de la libertad es el ser necesario que la hace posible y, por eso mismo, la niega, porque en el fondo del caprichoso movimiento humano que la supone, la reverdece el clamor divino.

20.—Pensar que todo sistema ideológico es desbordable infinitamente, es el mejor modo de admirar la grandeza del mundo.

21.—Las verdades más fáciles de practicar, suelen ser olvidadas por exceso de confianza. A esto se debe que nos traicione a cada paso, su frecuente abandono, oponiendo al menosprecio de su trato, la catástrofe de su elemental ignorancia.

22.—Cada hombre conserva la llave única para abrir su propia puerta. Sin embargo, ¡oh tú, viajero del camino sin fin!, no la encontrarás sin alumbrarla con la claridad que viene de afuera.

23.—La mayor tristeza proviene de olvidar el maravilloso milagro de la propia y de la ajena existencia. No hay sistema filosófico, por astuto o por grosero que sea, capaz de colocarse

sobre él; o de abatirlo frente al hombre que lo percibe. Me basta, para creer en la Divinidad que lo produjo, mirar, sobrecoigido, un grano de polvo.

24.—Tú eres un ser demoníaco: explotas al hombre con una concepción espiritual del mundo.

—Eso no afirma nada contra la Divinidad creadora de todo. Tú, en cambio, lo empequeñeces con tu risible concepción económica de la vida.

Un tercero:

—¡Qué pequeños sois! Trabajad ambos por la justicia económica, bajo el amparo de la gracia divina. ¡Comed, que tenéis hambre de pan y de espíritu!

25.—Ya sabes que hay guerras capaces de acrecer el poder del hombre y paces que lo aminoran.

—Mas no olvides que ambas cosas ocurren excepcionalmente. Prefiero la paz.

—Yo, la guerra que acrezca el poder de mi brazo; y la paz que lo eleve a la Divinidad.

26.—Siempre habrá un tercer término que supere a dos personas que discutan. Aguarda, con entereza, el instante de descubrirlo. Y, al encontrarlo, alumbrarás con él un nuevo camino.

27.—Hay problemas que exigen una solución inmediata: los de la conducta. Si esta conducta fuera igual para todos, sus problemas serían los mismos y el modo de resolverlos, idéntico. La matemática vital es, por esto, una ciencia que debe descubrir cada uno para el servicio de su conducta. Lo inmediato mío es diferente a lo ajeno. Actúo, por tanto, bajo el influjo de mis propias exigencias, que pueden ser las de abrir un surco, fabricar un mueble o cincelar un bloque.

28.—Creo nada más que en lo que me advierten los sentidos.

—Yo, en que los sentidos tienen una limitación incalculable; y son impotentes para determinar la final verdad de todo.

Un curioso que escucha:

—¿Saben, este sensualista y este trascendentalista, lo que buscan? Lo que advierten los sentidos es demasiado poco; lo que aspiran quienes tratan de desbordarlos, excesivamente grande. Me atengo, pues, a la relativa realidad que siento; y, sobre ella, a la creencia legítima de que más allá del barro fulgura la inmensidad del todo.

29.—Un paso más y te habrás excedido; un paso menos y tu alma quedará en suspenso.

—Bien se ve que andas en busca de un punto preciso para amartillar un clavo. No trates de ponerle herraduras al mundo.

30.—Díme: ¿cuál es la mejor miel?

—La que más agrade a tus labios.

—¿Y la mejor idea?

—La que se ajuste a tu espíritu como el perfume a la flor o como el canto al pájaro.

31.—La verdadera fuerza de las ideas las une al modo de ruedas dentadas de una máquina, para lanzar el producto de su trabajo, en forma tangible, hacia todos los rumbos. Así trascienden su época como la dinamita desgaja el monte que la encierra: transformándola, con vertiginosa violencia, en polvo. Para eso se asocian las doctrinas por medio de conceptos dentados: con el fin de estallar en la mente del hombre e iluminarlo, al través de los tiempos, con el fuego.

32.—Todas las doctrinas tienen su uso y su destino propio, ya envuelvan a unas o sean envueltas por otras. No niega, a la semilla, la cáscara del fruto; ni ésta a aquélla. No son más que fuerzas dentadas, por opuestas que parezcan, en la potente máquina del bosque.

33.—Hay, en el corazón de todos los credos y doctrinas, un lazo común que los encadena.

34.—Menospreciamos lo que somos: por eso no recordamos que el mundo es una estrella.

35.—Espiritualista: olvidas que los continentes están llenos de ateos.

—Te engañas: tampoco olvido que están poblados de serpientes y de piedras.

36.—¿Qué diversidad de mensajes nos otorga en su reflejo cada estrella?

—Sé que en el pretenso cóncavo del cielo esplenden los más profundos y los más opuestos misterios de la sabiduría.

—Tus palabras, aeda, me sobrecogen. ¿Querrás decir que hay verdades diferentes para cada mundo?



¡Cómo! ¿Piensas que el hombre sea algo más que un gusano de fuego o una luciérnaga? Cada masa suspensa en el cielo cruza un espacio distinto; y lleva un rumbo propio que la fantasía humana no puede alcanzar, a inmensas distancias, como a la tierra misma en que se desenvuelve. ¡Mírate a ti mismo! ¿No eres, en el fondo, demasiado oscuro para captarte? ¡Nuestras almas están encerradas entre el paréntesis de dos infinitos!

37.—Lo que nos mueve al progreso no es, propiamente, la satisfacción de las viejas conquistas, sino el deseo de las nuevas. Por eso mi corazón se tiende, como un arco, sobre todas las cumbres humanas.

38.—Sé desdeñoso con el gusto ajeno si no quieres menospreciar el propio.

39.—Te conturba no ser distinguido como lo mereces: todavía no tienes templado el ánimo para los grandes combates. Tan luego como alcances a ser diferente a los demás, tratarán de aplastarte. Prefiere siempre pelear con los otros a batallar contigo mismo; es más natural y más cómodo defender, contra todos, a nuestra pobre alma.

40.—Sólo siendo leales con nosotros mismos, aparecerá en lo íntimo el fuego que alumbre a los otros.

41.—Cuando no sufras una derrota, invéntala para tener el gusto de sobrepujarte, en nuevo combate, con mayor bravura.

42.—El público aprovecha la menor flaqueza del fuerte, para nivelarse con él. Piensa, amigo, que es un placer unirse con lo más débil por lo más bajo.

43.—A cada época nueva corresponde un léxico nuevo. En cuanto a la filosofía moderna se refiere debemos recordar que lo puro, lo esencial, lo categorizable; la razón pura, el arte puro, la esencia de las cosas, las categorías lógicas, no son más que modos intelectualistas, esto es, provisionales, parciales, puesto que lo ideológico es sólo un ángulo contemplativo de nuestra verdad, de apreciar los fenómenos. El siglo XX, preparado por la segunda mitad del XIX, abandona la pureza kantiana y la sustituye por un concepto humanista, abigarrado, complejo, de

los fenómenos. Sabe que la exactitud matemática es un mito abstracto; que si el mundo es quieto—y lo es en cierta forma, en cuanto a la economía del conjunto cósmico se refiere—no existen la causa y el efecto sino las diferencias encadenadas por las analogías; no existe la física en su carácter móvil, ni la química. Por otro lado acepta la fusión de los términos contrarios: unidad y multiplicidad, quietud y movilidad—y en este caso el mundo se mueve y está quieto a la vez; hay y no hay química y física—; necesidad y libertad; finitud e infinitud. Y en cuanto a mi propia manera filosófica, todo es contradictorio: exige, para cada caso, una contradicción dada. El mito platónico de los arquetipos—ideas arquetípicas—que produce en reflejo a las cosas de abajo y que desciende a lo subjetivo humano de Kant con el nombre de razón pura, se amalgama en el siglo XX con el hombre-masa, de carne y hueso de la filosofía contemporánea.

Dentro de poco estará fuera de moda establecer diferencias entre una lógica pura y la psicología; entre la metafísica y la matemática; entre la física y la química. El hombre es como su verdad, *un fenómeno continuo* cuya apreciación en partes, en ciencias, en facultades, no es otra cosa que un recurso de estudio. El hombre es un flujo vital—y no un casillero que se desborda, más allá de las ciencias de los fenómenos y del espíritu, sobre el otro gran flujo de la estepa infinita. Es un misterio que se descubre a sí mismo cada vez más hondo y más nuevo, al través de los siglos.

44.—La filosofía clásica simplifica para comprender. Vamos de retorno a lo complejo, dentro de las tendencias del espíritu contemporáneo. Las tres dimensiones de Euclides son simples. Las del mundo moderno, que para mí son tantas como direcciones diversas del movimiento, es decir, infinitas, descubren en lo abigarrado de la realidad dimensional, lo profundo del universo. Las categorías lógicas han tratado de simplificar a la manera de Euclides: son el resultado de una filosofía de vidrio incoloro. A la par de una estatua, de un vaso, de una gota de agua, de una piedra preciosa, hay informes y gigantescos peñascos, torrentes de lava, insondables y profundas minas de carbón, tempestades caóticas en los cuerpos y en las almas. Y si observamos que lo complejo alcanza más densidad y hondura en el mundo de lo subjetivo, llegamos a comprender que la filosofía actual busca una más profunda realidad que la

antigua: la del hombre-masa, en oposición a la del no contradictorio de los helenos; o la del "puro" y "categorizable" de Kant. Lo puro, lo esencial, lo simple, lo arquetípico, son joyas de vitrina elegante o rodajes de sutil relojería clásica. El gran flujo interno que nos impulsa a vivir, lo despedaza todo a su paso.

45.—Para la geometría euclídeana, lo pasado y lo porvenir eran cosas inexistentes. Las figuras se proyectan, para ella, en lo presente, como si éste fuera una lámina de cristal suspensa entre dos vacíos infinitos. La matemática actual—la ultramoderna, la nuestra—, sabe que todo es presente; que lo pasado está quieto, como lo porvenir . . . Luego las formas no son como las vemos con ojo clásico: se alargan hacia atrás y hacia adelante en tantas direcciones como movimientos aparentes tienen. Por tanto, la tierra no es redonda: se alarga hacia lo pasado y lo porvenir, al menos en los doce movimientos que se le conocen. Y así todos los cuerpos celestes. ¿Concebís algo más complejo que un mundo objetivo así descrito? Esta complejidad le complace más al siglo XX, porque busca una realidad más honda que la apolínea; menos cristalina y más densa. —El universo no es un simple presente! ¡No hay puntos absolutos y homogéneos! ¡Todo está unido, por infinitos brazos, al misterioso e infinito conjunto del universo!

46.—Los simplistas griegos creían que el mundo estaba compuesto de uno, de dos, de tres o de cuatro elementos primarios. Ahora se han descubierto mas de noventa de estos cuerpos que habrán de multiplicarse, en lo porvenir, de modo inaudito. Advirtamos cómo el siglo XX alimenta, de esta suerte, su apetito de complejidad. En cuanto a la matemática acabo de comparar las tres dimensiones euclídeanas con las infinitas de ahora. En lo correspondiente a la psicología, Freud ha demostrado con sus "complejos" y sus sondeos en el alma humana, que la conciencia tiene su origen en dantescas e inexploradas cavernas. En lo que toca a los filósofos, dejaron de ser ajedrecistas de las ideas, para buscar "el flujo de lo vivido" de una nueva fenomenología interna y de la "evolución creadora", contradictoria como el devenir que alimenta su fuego. Y el arte ya no está satisfecho con esculpir y pintar lo que se ve con el acomodado ojo burgués de los clásicos: a ciegas, dando traspiés gigantescos, busca, tras las cosas viejas, sentidos nuevos de la realidad. La música deja de ser anecdótica, ingenua, simple, para

alcanzar un ritmo cósmico no sospechado antes. La ciencia domina invisibles ondas cuyo mecanismo nos llena de asombro: no trabaja sólo con la mano en el objeto y el ojo en la imagen directa: también a ciegas, como la filosofía y el arte, entre un cerco de sombras. Lo simple, lo visible, lo próximo, lo uniforme, no son, en concepto del siglo XX, planos de referencia. ¡El hombre no es un tiesto labrado: es un mundo inmenso!

47.—Diálogo entre un microscopio y un telescopio:

Microscopio:—¿Cómo haría Demócrito para hablar del átomo sin mi presencia?

Telescopio:—Sus descripciones del átomo son risibles. Bastante hizo con presumir que existen. Pero, ¿no hicieron los antiguos, sin mí, el calendario?

Microscopio:—No obstante, afirmaron que la tierra es plana.

Telescopio:—La verdad es que todo aquello era ingenuo y simple.

Microscopio:—Y que el siglo XX tiene, en nosotros, sus mejores peones para conformar a los antiguos o desmentirlos; y desbordar su sabiduría presental y apolínea, con la insondable de nuestros lentes.

Los dos, a coro:—¡Qué simples eran los caldeos y los griegos!

Yo, que escuchaba el diálogo:—Orgullosos amigos: el hombre busca materias más finas y más potentes que el vidrio, para ver los arcanos de lo pasado y lo porvenir. El siglo XX no está satisfecho con vuestra simplicidad. ¡La transparencia uniforme del cristal os ha condenado a muerte! ¡No sois más que dos artefactos sin movimiento y sin vida!

48.—El sentido de la medida y de la proporción viene de la lentitud del asno clásico. Todo era lento en la Hélade: la paz y la guerra, si se comparan con los movimientos de la vida contemporánea, a la hora de la siembra o de la hecatombe marcial. El asno apolíneo se ha convertido en el siglo XX, en el aeroplano fabuloso o en el acorazado fantástico. La cultura griega tenía tiempo de medir el detalle; la nuestra lo desborda con el vértigo de la velocidad. El Mediterráneo era inmenso para Grecia; el mundo entero es, al presente, pequeño para los grandes imperios. La ciencia y la filosofía clásicas cabían, en la antigüedad, en doscientos rollos de papiro; cualquier ramo aislado de ambas disciplinas, no se condensa, ahora, en quinientos libros. Aristóteles pudo resumir toda la sabiduría de su tiempo. Ningún

sabio moderno sería capaz de leer la mitad de cuanto se publica, actualmente, en una semana. El Partenón cabe, entero, en unos cuantos pisos de un rascacielos de Norte América. Todo lo que sea superación y desborde le pertenece al hombre moderno, al contrario de lo que es característico del antiguo: la lentitud del manso y armonioso cuadrúpedo del Atica.

49.—También las ciencias educacionales se desenvuelven de lo simple clásico a lo complejo contemporáneo. Tienden, cada vez más concretamente, a la cultura de cada personalidad, considerando a cada niño un caso nuevo. Y la medicina, ¿no ha descubierto, haciéndose más difícil y particularizada, que todo enfermo tiene su peculiaridad propia? El derecho penal se inclina, por otra parte, al abandono de las normas colectivas, simplistas, por las personales y complejas del siglo. Las escuelas literarias abandonan el concepto de grupo nivelatorio y se alojan en el más valiente individualismo creador. Lo original caracteriza y eleva al letrado; la simplicidad colectiva lo aletarga o anodina. Cuanto más se aleja el hombre del intelectualismo viejo, recobra, con mayor soltura, la conducción de su inconfundible destino. El hombre-masa sustituye al plano de las ideologías pretéritas; al presental y transparente de las griegas.

50.—A una mayor complejidad del hombre y del mundo, corresponde un genio más agudo y multiforme para dominarla.

51.—El complicado espíritu de un hombre-masa de Weimar dijo: "El genio está en el límite". Sostengo contra él: el genio se manifiesta en la ruptura del límite, en el desbordamiento de todas las fuerzas, más allá de sí mismo.

52.—Paúl Bourget escribe: "Existe en toda energía productora algo de misterioso y de sagrado, que es preciso considerar por encima de toda discusión y de todo juicio". Habla la época por conducto del escritor francés. La crítica intelectualista al modo clásico, juzga el frío resultado de una obra, con la incapacidad del geólogo que estudia el origen de los temblores de tierra, en el cráter de los volcanes. La conciencia misma no es más que un simple cráter por donde emergen minúsculas burbujas del fondo; el brocal de un pozo donde se contorsionan las misteriosas masas de lo divino. El poder creador del artista no está en el

borde: reside a despecho de todo, en el fondo, en la región recóndita de la eternidad. El siglo XX, recogido en sí mismo, empieza a reconocerlo, multiplicándose indefinidamente en un despertar espléndido.

53.—¿Por qué la ley más sabia es la que reglamenta su propia reforma? Porque en el fondo no es más que un punto de referencia convencional de la justicia: no un dictado invariable cuya aplicación pueda hacerse a hombres idénticos, en ambientes idénticos. Los hombres no tenemos una simetría y una factura iguales: exigimos una flexibilidad ilimitada en el reconocimiento de nuestros actos, capaz de ajustarse a nuestra tormentosa realidad interior.

54.—La sociedad:—Mi mayor bien es el ideal supremo.

El individuo:—Sin mí tu aspiración al bien es quimérica: un ser abstracto sin rumbo y sin vida.

Yo:—El mayor bien del individuo y de la sociedad está en que ambos se confundan, contradictoriamente, en un solo objetivo y en un solo propósito del desbordamiento humano.

55.—No ser como el caleidoscopio que forma imágenes simétricas con vidrios quebrados; sistemas precisos con masas ambulantes de vitalidad, que gravitan en las almas, hacia rumbos insospechables.

56.—El caleidoscopio intelectualista ha tejido encajes, recostada en el brocal clásico, con las simples burbujas que se escapan del fondo inconmensurable.

57.—La adecuación de la vida a un propósito placentero es la felicidad. Puede decirse que no es algo preciso que se mueve en un plano dado, puesto que el placer no es idéntico en todos. La felicidad es, más que un fin, un concepto elástico que se busca, a ciegas, en la oscuridad.

58.—Adecuar es ajustar entre sí dos cosas diferentes. Equivale a unirlas por su aspecto análogo, de modo que cierto aspecto ausente en una lo complementa la otra y viceversa. Sin los términos complementarios no se adecúa: se juntan dos cuerpos sin propósito alguno.

59.—El hombre se adecúa a su medio cuando se complementa con él, como el tornillo con la tuerca. No es un elogio, por esto, adecuarse a un medio torpe o mezquino. Mezquino o torpe puede ser un país muy extenso, de igual manera que luminoso y rico, otro escaso en fronteras. Quisiera ser tuerca adecuada en Atenas o en Roma. Y no encontrar jamás acomodo en cualquier bajalato del Africa.

60.—Los grandes hombres tratan de ajustar sus medios, en cualquier forma parcial o posible, a su exigencia propia. Ninguno de ellos carece del interés de intentarlo; y del recurso providencial de llevarlo a cabo, en su época o más allá de su época. Los reconoceréis precisamente por su irreprimible capacidad de acción; por su tenacidad sin sosiego; por su incalculable espíritu de dominio.

61.—Los hombres excelsos no están satisfechos sino cuando han logrado trascenderse a sí mismos. Les repugna la vulgaridad del trato corriente con su propia sombra.

62.—Ser insatisfecho hasta la infinidad, es una manera de intentar la adecuación con lo infinito. Fracaso que prueban siempre los más geniales espíritus, por el capricho de sufrir una derrota sublime.

63.—Las épocas son como los grandes puentes de hierro: no se sostienen sin los cimientos de las profundas batallas; y sin los imprescindibles remaches del genio.

64.—La crítica artística:—Trato de comprender el propósito que tuvo el escritor al crear su obra. Juzgo la amplitud de sus deseos y luego los esfuerzos del artista por adecuar su voluntad de trabajo al material respectivo. Sólo después de este instante me siento preparada para medir la altura del propósito, la amplitud de los deseos de adecuación y de los esfuerzos por satisfacerlos. Después observo el conjunto final y lo sitúo entre los planos de referencia en que mejor encaje. Si no se asienta en ellos como una piedra preciosa en un anillo, la obra carece de realidad artística.

65.—La crítica filosófica:—También busco el propósito del autor; y la forma en que adecúa sus voliciones a la actividad

creadora frente a su material de trabajo. No le exijo al autor que piense como yo, aunque me plazca, esencialmente, coincidir con él: ha de ofrecerme su *propio* mensaje, diferente al de todos. Sin él, no hay tal filósofo. La originalidad es, mejor que en los otros hombres, el sino indefectible de su índole. De esta suerte sé reconocer a los grandes filósofos opuestos a mis ideas y a los pequeños que las comparten conmigo.

66.—La crítica de la conducta:—Juzgo al hombre desde afuera hacia adentro. Sus manifestaciones externas responden, en cada individuo y en cada instante diverso, a un móvil distinto por semejantes que sean sus imágenes. Por esto no cometo el error de generalizar conceptos con el fin de circunscribir con ellos hechos análogos. La tonalidad expresiva del hombre tiene infinitos matices parecidos en apariencia, cuyo secreto impulso los distingue profundamente. Lo sé y medito, ante cada acto humano, con la prudencia del astrónomo que analiza, en cada estrella, a un mundo solitario.

67.—El sentimiento del desamparo es al hombre lo que la soledad estelar a los mundos. Con él se paga el orgullo personal que nos singulariza en lo uno, dentro de lo múltiple infinito que nos envuelve.

68.—La angustia es la afirmación de que somos dignos de aquello que nos falta.

69.—Mi corazón arde en el inacabable deseo de alcanzarte, Divinidad; mis ideas son torrecillas góticas que tienden misteriosamente a iluminarse en lo alto; mi alma entera es una llama que trasciende, en la desolación de la noche, la inmensa miseria del dolor humano.

70.—El sentido del sistema cerrado, tan grato a los viejos filósofos, ha perdido en los tiempos modernos el interés legítimo de la seriedad. Aún en épocas anteriores a la contemporánea los pensadores libres lograron imponer sus tendencias, fuera del cerrado círculo de una concepción integral de las cosas. Todos los sistemas han fracasado, y seguirán fracasando, puesto que el universo no se deja asir como se toma en las manos un pedrusco o un pájaro.

71.—Montaigne carecía de sistema. Al final no tuvo más que un gesto permanente, circunscrito en tres graves palabras: “¿Qué sé yo?”. Sin embargo su escepticismo, expuesto en un estilo sutil y amable, le conquistó un lugar en la Historia de la Filosofía. Más atrás contemplamos la figura de Sócrates, el más ágil dialéctico de la duda helena. No fué más, en el fondo, que un pragmático de lo moral; un sutil ironista que alumbraba con la belleza y la gracia de su discurso, el mundo de las almas. Afirmó poco y por esto es el menos rectificable de los grandes pensadores de la antigüedad. Su obra se redujo a un gesto amoroso y heroico frente a la miseria humana y el incabable milagro de lo divino.

72.—De Platón nos queda la imponderable belleza de su palabra y el arrebatado gesto impulsivo hacia la espiritualidad, el más grave de todos los tiempos. No la descripción de sus ideas matrices; tampoco la armoniosa arquitectura de su República; ni siquiera el ensayo orquestal de su estética. No más que la gracia inmortal de una sonrisa, frente al milagro, en marcha perenne, del todo; la intuición de un más allá indefectible que ha de salvar, en lo hondo de los milenios, al género humano. De la obra platónica nos queda un resplandor eterno.

73.—De Demócrito, la concepción del átomo; la idea del devenir, de Heráclito; de Protágoras, el humanismo que todo lo refiere al hombre; de Anaxágoras, los principios del relativismo ideológico que afirma cómo no conocemos sino las relaciones de las cosas; de Zenón de Elea, la entretenida invención de la dialéctica; de todos los griegos la ansiedad de trascender lo vulgar por lo sublime. Y esto, para no referirme, en apoyo de mi desconfianza por la concepción sistemática del universo, no más que a las ideas vivas del mundo antiguo que discute el pensamiento contemporáneo. ¿Qué se han hecho los viejos y los modernos sistemas? ¿Es posible apresar al cosmos en una mezuquina ratonera de biblioteca?

74.—El:—Ya es hora, amigo, de que organices el sistema filosófico que esperamos de tu capacidad creadora. Has sembrado, en lo profundo del suelo, las ideas angulares del templo. Eleva sobre ellas sus paredes y sus columnas; imagina el esplendor de su cúpula.

Yo:—Comprendo y agradezco, en lo íntimo, tus buenos deseos. Pero, ¿ignoras que la misma razón clásica, que aparta lo contradictorio, está en crisis? La época se ha dado cuenta de que la filosofía no puede eludir lo antinómico. Es necesario crear una manera nueva de razonar. Un sistema actual hecho con un raciocinio enfermo resultaría cosa inútil. Y el hombre ha trabajado miles de años en forjar los simples principios de una lógica, que empieza ya a demolerse con estrépito. Por otra parte: ¿hay pensador alguno, en los tiempos modernos, que estime factible una apreciación global del universo?

El:—El lector necesita, para juzgar una obra, descansar los ojos en un conjunto armónico. Tu obra, en cambio, azora al espíritu; lo conturba con la fuerza comburente de tus ideas. Carece, por esto mismo, de la capacidad de someter a los espíritus estudiosos. Debe transformarse en fuerza magnética si quiere difundirse en el mundo; si ha sido construida para poseer una gloria objetiva y legítima.

Yo:—Organizar un sistema para uso del gusto público es tarea propia de un poeta o de un músico. El filósofo, artista también de un modo diferente aunque más denso, no busca la gloria por los caminos del éxito fácil, sino por las sendas ásperas de lo real. Por esto la impopularidad puede cercarlo y recluirlo, además, en los asilos de la miseria; o poner en sus manos la cicutu del griego. Y, en los peores casos, ignorarlo para siempre. Pero, ¿ha dejado de ser filósofo por esta incompreensión y esta desgracia? El sistema se hace cuando se cree en él; cuando hay instrumentos para labrarlo; cuando se tiene la ingenuidad de pensar que el universo cabe, como una imagen en un espejo, en el espíritu finito, diverso y siempre variable del hombre.

El:—Por más que lo niegues hay, en el coro de tus ideas, una nebulosa de concierto sinfónico; algo así como el eco de las voces graves de un órgano lejano. No tienes más que precisarlas con valentía para que el oído del público te comprenda y te ame.

Yo:—Te obsesiona la idea simétrica de concierto; e ignoras que está en crisis, como las otras. Lo armónico, lo proporcionado, lo cabal, lo absoluto, lo invariable, lo simple, no son más que modos de la apreciación humana. El universo es cosa más honda que las palabras, más fascinante que los sistemas, más difícil que las *Críticas* de Kant, el *Discurso del Método* de Descartes y las teorías platónicas. No tengo suficiente orgullo e ingenuidad para crear un sistema.

El:—Gravitas, entonces, como un meteoro perdido en el vacío.

Yo:—Creo en Dios y amo la moral cristiana; estimo sin embargo, que los pares de opuestos son trascendibles por algo más múltiple y más grande que ellos; juzgo que el hombre es capaz de hacer una razón más sólida que la clásica; acepto una infinidad de aspectos para cada problema, porque supongo que la riqueza del mundo supera a todas las ciencias, las filosofías y las artes; sé que las cosas se despliegan por rumbos insospechados, en todas las direcciones imaginables, dentro de una realidad que nuestros sentidos son impotentes de captar; y espero que el hombre conquiste, más allá de nuestras plácidas bibliotecas, divinos estados de ánimo.

El:—Conozco tu cosmología dimensional y los nexos que la unen a la matemática moderna. Por eso creí que preparabas tu visión de conjunto.

Yo:—El filósofo que imagino debe trabajar en planos diversos sin intentar conectarlos, con violencia, entre sí. La vida es fluente y se irrita cuando queremos congelarla en un solo foso. Puedo crear una hipótesis dada para el servicio de una época. Pero sé, de cierto, que será trascendida, a su hora, por otros hombres. Trabajo, pues, en diversos planos a conciencia de la altura en que me sitúo cada vez. Esto es algo más real y más difícil que detener, con la imaginación, el torrente que se despeña en lo infinito.

75.—El buho poeta:—Las nieblas del día cubren mis ojos con espesas cortinas.

El hombre poeta:—A mí las de la noche me cierran pesadamente los párpados.

Un poeta de un mundo incógnito:—¡Estáis locos, amigos míos! Ignoro lo que sea la luz y la sombra. Observo a todas horas cómo la Divinidad canta, en mí mismo, en un plano donde no tengo obstáculos para sentirme.

76.—Conocer es tomar nota ordenadamente, en cuanto somos personas, de la forma en que estemos influidos por el mundo externo y por el subjetivo, en primer término; y en segundo, clasificar los movimientos constantes de esa forma. Hay tres temas correlativos en el fenómeno: el sujeto que anota y clasifica; el objeto inteligible; y, finalmente, la relación que se establece, en el acto mismo de conocer, entre uno y otro. Pero, ¿tiene límites precisos el sujeto? ¿Y el objeto y las rela-

ciones entre el uno y el otro, tienen, en esencia, un limitado contorno?

77.—Si el conocimiento no es una cosa descriptible por entero, cuanto de él se derive en forma absoluta es tan relativo como él. Además, si no es limitado, preciso y uniforme en cuanto es conocimiento, no es más que una vibración cósmica contradictoria, puesto que es una y múltiple a la vez. No sabríamos decir si el acto de conocer no es más que una modalidad vital, subalterna e inferior en extensión, a la vida misma. Si así fuera, deberíamos prepararnos más para la posesión superior de la vida, que para el hecho de captar el conocimiento. Este último se obtendría, de modo secundario, frente al gran suceso humano de la vitalidad cultivada en gestos supremos.

78.—Se vive antes de conocer, en el acto de consumir el conocimiento y después de consumarlo. La vida es más elemental y fundamental que la conciencia misma que la alumbra. Pero, ¿tiene precisos límites la vida? El materialismo, el pesimismo y el escepticismo deducen de esta ambigüedad irresoluble, su postrada actitud. Yo, por mi parte, me elevo sobre ella por el contento de contemplar que nada tiene, en el mundo, fin ni límite; que todo es trascendible en lo divino.

79.—Lo que repulsa el escepticismo del optimismo es su carácter dogmático y la ingenuidad de su entusiasmo exclusivo. Yo, en cambio, repugno en optimistas y escépticos la severidad con que los unos afirman y los otros dudan.

80.—Decimos que las cosas *son* para determinar la fenomenología de este incognoscible milagro que nos constituye y nos envuelve. ¡Y pensar que los griegos empezaron a filosofar "oficialmente", en el examen de la palabra *es*!

81.—No podremos medir la capacidad práctica de índole social de una doctrina, sin colocarla en su época relativa. Lo más práctico en el siglo XX va siendo, cada vez mejor, no el sistema o la escuela al modo antiguo, sino el poder del literato o del filósofo puesto en juego para romper sus límites. A mayor soledad y aislamiento en la esfera del arte o en el campo de las ideas, corresponde una más eficaz y más sólida capacidad en la expansión de sus fuerzas.

82.—Caracteres:

Plauto.—Habla en tal forma con los otros, que parece esperar de ellos la cortesía que les otorga. No da la impresión de vivir en sí mismo, sino en la máscara que lo acerca y lo separa de los demás.

Luciano.—Ironiza por debilidad: no por fuerza. Cubre su flaqueza con la frase fina e hiriente para impedir que los espíritus fuertes se asomen a ella.

Marcial.—Descarga su odio en sátiras del modo que la caldera expulsa el vapor por sus válvulas: para que no estalle.

Plauto se empeña en afirmarse saliendo de sí mismo. Primera antinomia. Luciano, con semejante propósito, siente la necesidad de simular la fuerza que no tiene, con el concurso de su agresividad irónica. Segunda antinomia. Marcial busca vaciar su alma del material que le sobra. Tercera antinomia. Consecuencia: todo signo pone su contrario.

83.—Toda cosa es relativa a su medio; medio y cosa se alteran recíproca y proporcionalmente, dándose, entre sí, influencias distintas. Mientras un bloque de hielo da frío, el calor trata de transformarlo en agua. Esto ocurre en el mundo de las almas. Cada hombre modifica, por pequeño que sea, a su medio; y es transformado por él. En un nuevo paisaje encontramos, dentro de nosotros mismos, un nuevo matiz que desconocíamos. Por eso los viajes a países lejanos parecen transformarnos con tanta profundidad. En cambio, aportamos un nuevo color a la ciudad que recorreremos, al país mismo que nos acoge en cualquier circunstancia. Esa mariposa transparente que vuela bajo el sol, deja en la campiña, la huella, al parecer fugaz, de su sombra. Y en los ojos que la contemplan, un rastro inasible, pero efectivo, que puede despertar en el alma un sentimiento hondo o una idea luminosa. Sin el vuelo de este insecto casi invisible que he percibido en la campiña, estoy seguro que mi vida tomaría un rumbo distinto. ¿Qué decir del resto de todas las cosas y del mensaje oculto que nos otorgan? Sin embargo, nos sentimos ajenos, por hastio, por pereza o por incomprensión, al misterio y a la divinidad del gran conjunto de estos fenómenos.

84.—Rodio:—No estoy seguro de que existan los fenómenos sobrenaturales, pero sería feliz si lograra convencerme de su existencia.

Cretense:—Comprendo tu desconfianza y tu deseo. Mas no debes olvidar que no hay fenómeno sobrenatural capaz de sobrepugar el milagro de ese rosal que contemplas.

85.—El gesto científico:—Observo, enumero, mido. El objeto, circunscrito con tales recursos, se pone al servicio de mi conducta interna o externa. Reposo sobre él; o cambio de ideas o de lugar en él; me alimento con él; me protejo en él . . . Mi gesto es, por tanto, eminentemente práctico.

El gesto artístico:—No me basta el reposo, ni el cobertor del techo para satisfacer mis internas demandas; tampoco el rápido cambio de un lugar a otro; ni el alimento que mantiene mi cuerpo, ni el baño que lo refresca. El propósito de la vida humana no es asimilar el fruto de la tierra como la bestia. Hay algo más hondo en sus designios secretos: encender el ánimo en la contemplación de lo bello; en la talla del bronce o del mármol; en la alegría del paisaje o del lienzo; o estremecerlo con el ritmo del verso o de la música. Sentir la vibración de las cosas para cubrir el alma con ella, en busca de un nuevo refugio que la dignifique y la exalte, más allá de los simples empeños vegetativos de la sabiduría. Por eso canto, al atardecer, después de abrir el surco con el arado; o de cortar los espléndidos frutos de la campiña.

El gesto filosófico:—Bien, amigos míos: habéis observado, enumerado y medido las cosas; os habéis protegido y alimentado con ellas. Luego, satisfechos de la siembra y de la espiga y el ramo en flor y en fruto, habéis cantado en los atardeceres de la siega; o visto, lleno de resplandores, el dorso de la estatua; o escuchado el rumor de las esferas . . . ; No podríais conservaros satisfechos enteramente con el cultivo del campo y la ternura del ánimo que lo contempla! Es menester que meditéis en el sentido profundo de la tierra que sembráis para disfrutarla y cantarla enseguida. Vuestro aislamiento os debilitaría sobre el metro y las arpas. El mundo os reclama un gesto más hondo todavía: el del hombre que trabaja, que se entusiasma en la contemplación de la naturaleza y que, a más de ello, conquista la idea y el sentimiento de la divinidad que lo resume todo, después de reflexionarlo en todas sus formas, en el impulso arrebatador del éxtasis. Dios ha hecho las cosas y el metro para medirlas; ha creado al sabio y al artista y, finalmente, os ha dado la filosofía para haceros capaces de descubrirle sobre las derrotas de la conducta y del pensamiento humano, envolviéndoos, extáticos, con la rodilla en el polvo, frente a la eternidad.

86.—Emilio:—Shakespeare recreó a la humanidad, por instinto, en la fragua inmensa de su obra. No obstante, la palabra de Goethe nos trasmite un insuperable sentimiento de seguridad, porque lo instintivo del dramaturgo británico es, en ella, plenitud de conciencia.

Yo:—Lo importante es saber que la seguridad goetheana se origina en la comunión de los tres gestos máximos de la sabiduría: el del sabio, el del poeta y el del filósofo. Por otra parte me place pensar que el hombre más seguro del mundo vió proyectarse, más de una vez, sobre la tierra, el influjo del poder divino.

87.—¿Es el “mundo abismal” del instinto una fuerza ciega de la cultura? El instinto está alumbrado con su propia luz: la de la experiencia acumulada que lo produjo. Es automático—ciego en parte—, el individuo. Para la especie que lo instituyó con “la gana”, es ojo abierto. En lo individual lo instintivo—luz y sombra—es la greda de su cultura. En el grupo—más luz que sombra—es lo providente del acaecer histórico. Sobre él construye la responsabilidad del libre albedrío, la experiencia “dirigida” que remueve, conscientemente, los altos valores del gesto. “El mundo abismal” del instinto es algo mucho más hondo que el mármol para el cincel, en manos del creador específico: masa viva que busca plasmarse en columnas y minaretes nuevos.

88.—La luz del instinto es un anticipo de conciencia que nos ha otorgado la naturaleza. Sobre él la persona gesticulará, como sobre un pedestal, con los ojos en lo alto.

89.—“El mundo abismal” es a la humanidad, lo que la raíz al árbol. El fruto histórico, sin embargo, deviene en parte de sus fibras húmedas, porque lo Providente conforma y envuelve al árbol entero. Basta, para demostrarlo, saber que los opositores de lo divino ignoran qué es materia; y el origen que impulsa a las masas que determinan con ese vago nombre, a crear la “humedad” vital del instinto, que es la gran luz anticipada en la caverna abismática. El materialismo no deprime el origen de la vida humana, al descubrir que brota en un “mundo abismal” y dirige gran número de sus fenómenos, por su secreto impulso.

90.—Feuerbach: “Dios fué mi primer pensamiento, la razón mi segundo y el hombre mi tercero y último”. Las mismas tríadas de Hégel, de un orden metafísico, no pretenden, para nosotros, afirmar que se trata de términos aislados e incommunicables con otras formas de relación matemática. Así, por ejemplo, en el pensamiento de Feuerbach no acepto la aparición de la idea de Dios en carácter de cosa primitiva, porque más allá de la razón y del hombre que la encarna, sigue imponiéndose, mucho más evolucionada aún, esta idea. Al principio los ojos niños del hombre pensaron en Dios para explicarse el milagro de la naturaleza; luego, al penetrar la razón lo que le pareció el concierto supremo del universo, fortaleció su creencia en la Divinidad. Y ahora, al considerar la crisis de la razón, aparece de nuevo el imperativo teísta a fin de ponderar con él, este milagro de los fenómenos cósmicos. Es decir que la verdadera cultura suspende, cada vez más, sobre el corazón humano, a la fuerza que ha hecho posible la existencia del mundo. El materialismo filosófico, tan sistematizado y preciso como arrogante, no logra desterrar a Dios de nuestro espíritu. Es demasiado débil para lograrlo; y menos siendo, como es, un sistema cerrado que ni siquiera puede explicar lo que entiende por “materia”. Y tampoco el anuncio antinómico que invade, consciente o inconscientemente, a las almas de los grandes filósofos contemporáneos.

91.—Con objeto de comprobar que Dios nos recibe a la entrada y nos lleva luego por el laberinto para terminar de la mano con nosotros, recuerdo ahora la tríada de Augusto Comte. “El hombre pasa por tres edades: la religiosa, la metafísica y la científica”. Al terminar su obra se declaró Sumo Pontífice de la Religión Positivista. Y consagró a la tierra y al sol como a sus grandes fetiches.

92.—Las relaciones del pensamiento y el sér, el sujeto y el objeto, que tanto preocupan a los materialistas históricos, tenían, en el siglo pasado, una imponente majestad metafísica. En el XX los problemas van siendo otros; y por eso el crédito de esa dialéctica, ha decrecido en forma extraordinaria. Nos hemos dado cuenta ahora de que el pensamiento no es una cosa absoluta cuya naturaleza se pueda manejar como unas pinzas o un martillo; de que el sér tampoco es un pedazo de ámbar o un piano; y de que tanto el sujeto y el objeto o, mejor aún, sus conceptos, no son unidades absolutas manejables al modo de

cartas de naípe o de fichas de ajedrez. Pensamiento, sér, sujeto, objeto, se prestaban, descritos al modo de Engels y de Marx y con el impulso dialéctico hegeliano, para descubrir que todo es materia, es decir, algo tan conocido por ellos como por nosotros. Decir que todo es materia vale tanto como afirmar que todo es enigma. El estudio moderno del átomo lo está probando. Si se dieran cuenta los materialistas actuales de este cambio de problemas, de planos de meditación, del nuevo gesto de nuestra cultura, encontrarían al marxismo, con todo su arrogante aparato, pasado de moda. Hay que haber pasado antes por Kant y por Hegel, para comprenderlo.

93.—El espíritu de una época no se mide, en cierto modo, tomando en consideración el pensamiento vivo de las doctrinas viejas. Se aprecia por la gravedad de los nuevos factores de cambio. Lo que estos prometen y van dando a luz poco a poco al principio, trae el verdadero mensaje espiritual del tiempo. La fuerza fecundante es la actual, aunque su producto sea retardado en apariencia.

Llamo pensamiento vivo de las viejas doctrinas al que vive todavía en aspiraciones populares; o en formas de gobierno cuyo fracaso en la práctica las desacredita y las derrumba.

94.—El espíritu del siglo XX es sintético: destierra la preocupación clásica del detalle en pintura, en escultura, en literatura, en arquitectura; desplaza lo anecdótico por lo cósmico, en música; la descripción externa por la anímica en poesía. En el mundo industrial de la ciencia se busca la mayor eficacia en el menor tiempo y en el mayor espacio posibles. Es una ciencia acumuladora y simplificadora. En la esfera filosófica se abandona el sistema y se acumulan y simplifican sus fórmulas de todo género. Esto a grandes rasgos: es natural pensar que no se puede vivir sin el detalle, sin el orden, pero colocados en diferentes planos de contemplación, que sustituyen los viejos problemas por otros. El siglo XX deseó trasfundir lo automático de la cultura clásica, por lo consciente; el imperial dominio de los objetos por el del alma. Lo complejo de la vida moderna le depara el retorno a Dios, por el asombro que le produce su nueva magnificencia. El fracaso del intelectualismo exclusivista le abre nuevos rumbos a su dinámica espiritual.

95.—Un mueble Luis XV:—Los motivos de mis talladuras forman armoniosos encajes. Soy más que un objeto cómodo, una obra de arte que invita a la contemplación de una pura belleza.

Un mueble siglo XX:—Sustituyo al trabajoso detalle de tus molduras, el poder sugerente de las amplias masas y de las líneas simples de sus contornos. Soy una síntesis para los ojos del señor que me usa. Apreciado por un solo golpe de vista, sin complicados estímulos que lo detengan, me acerco más que tú al designio de nuestra filosofía utilitaria: el confort.

Un portal churrigueresco:—Valgo más que una pared del frontispicio de un rascacielos.

Una columna del Partenón:—Mi limpidez y armonía son insuperables. Los muebles del siglo XX no me enseñan nada.

La cúpula de San Pedro:—El tiempo ha probado el armónico atavío de mis formas.

El siglo XX, paternalmente:—¡No hagáis barullo! La velocidad me hace preferir las masas y los planos al tardío arabesco. Pero, ya lo véis: la síntesis no es exclusiva de una época. Por eso aprovecho, en arquitectura, las enseñanzas del Partenón, adaptándolas a construcciones más vastas y útiles. Y el poderoso precepto de la cúpula romana. Y la herencia de Miguel Angel y Leonardo. La Historia es un árbol cuyas raíces nos mantienen con viejas savias. Las flores y los frutos de la rama contemporánea se alimentan y renuevan con ellas. ¡Pero es preciso que me busque a mí mismo, amalgamando, la esencia de todos vosotros, en un gesto nuevo!

96.—Dice Marx, comentando a Feuerbach, que “la esencia humana es el conjunto de todas las relaciones sociales”. Es decir que Marx pone a cada individuo humano, entero, estableciendo relaciones con sus congéneres, de manera que los sujetos participan, sin excepción de sus partes, en “la esencia humana”, porque de lo contrario el “algo humano” que quedara independiente de esta esencia, sería opuesto a lo humano específico y esencial. Esta fórmula de Marx que tanto aplaude su comentarista Jorge Plejanov, supone que la palabra esencia corresponde a un motivo preciso; que lo humano es algo también preciso; y que, finalmente, sus relaciones sean, después de explicar tanta elasticidad real, cristalillos fijos e inalterables. Más diría quien afirmara que la esencia humana es cosa inexplicablemente divina, ya que no hay nada aislado, en rigor, dentro del plan infinito.

97.—Interpretar a un escritor no equivale a trasfundirlo con uno mismo. Interpretarlo es incorporarlo, en forma opuesta o simpática, dentro de un cierto plano de equilibrio con él. Lo incorporado en nosotros es lo concatenado con nosotros, lo adecuado a nosotros: no lo identificado con nuestra alma personalísima. Ese plano de común equilibrio a que me he referido, es tan difícil de enfocar, que, pensando en él posiblemente, dijo Miguel Angel: "Mis conocimientos engendrarán gran número de ignorantes".

98.—Dice Plejanov que "Marx y Engels han adoptado *enteramente* esta concepción dialéctica de Hegel sobre *la inevitabilidad de los saltos en el proceso del desarrollo*".

Estos materialistas combaten a Hegel, sin embargo, por su idealismo trascendental, que le da autonomía—poniendo un *salto* entre objeto y sujeto—al proceso lógico, personificándolo. Porque el salto entre lo que denominan materia y el sujeto, es repugnado por los materialistas. Por él no admiten la contradicción, posible para mí,—puesto que hay saltos—de alma y cuerpo. Así se explica el alma-materia que defienden como una secreción fina del cerebro, respaldado por el cuerpo entero, en su trabajo de *sutilizar gradual y progresivamente* la materia, hasta darle su forma de espíritu, a pesar de que tanto Marx, como Engels y su comentarista Plejanov, creen "que la *ruptura* de la progresividad produce un *salto* en el desarrollo". Esto es en la forma explicada o no les interesa el salto en el caso concreto de alma y cuerpo; y sí, en cambio, en lo demás. En verdad, cada vez me convencen menos estos taumaturgos de la materia económica.

99.—Cada ser está limitado, en cierto modo, por su color, por su forma, por su peso y por la dirección de su movimiento. Si la esmeralda tuviera ojos y pensara, el mundo sería, para ella, una cosa estática y verde. Aunque la ciencia acepta con Demócrito que todo está constituido por átomos y lo tiene por cierto experimentalmente, debe suponerse que su dominio es limitado. Y que, posiblemente, más allá de las estrellas, que antes han parecido infinitas, pero cuya monotomía ha de ser suspendida en alguna parte, el átomo desaparece, lo mismo que en ciertas sustancias nuestras que no es posible determinar con instrumento alguno de observación. El mundo, en mi concepto, repudia lo homogéneo y monótono: su cambios se multiplican hasta lo infinito mismo.

100.—Esmeraldas, diamantes, zafiros y pedazos de barro:
Demócrito:—El universo es un océano de átomos cuya monotonía se pierde en lo infinito.

Pitágoras:—No es de átomos: es de números vivos.

Hégel:—Ni de átomos mecánicos, ni de números vivos como microbios: de lógicos y absolutos corpúsculos.

Marx:—La especie humana es una diminuta bahía de barro organizado en células monetarias.

Freud:—No, amigo Marx: es un golfo de semen.

101.—Antinomia: la que existe en la monótona variedad infinita.

102.—El eterno engaño: el joven Ennio, con ojos azules; y Lucrecia, de mirada verde.

El:—Te adoro porque eres una estatua azul de mi propia mitología.

Ella:—Y yo, porque refresco mi corazón en el fondo verde de tu alma.

No hacemos más que amarnos, a nosotros mismos, en lo demás.

103.—Una misión contradictoria del filósofo es la de encontrar lo que hay de más universal, en sus propias particularidades.

104.—Lo auténtico de una universalidad se reconoce en que se aplica, del modo más amplio, al mayor número de casos particulares. Cuanto más amplía es una idea—dicho de otra manera—más se particulariza en cada detalle. Por esto Dios ejerce un trato íntimo con todas sus criaturas.

105.—El filósofo de gran envergadura aspira a dos cosas: a situarse fuera de los sistemas conocidos, en primer término; y luego, a saber colocarse victoriosamente sobre ellos.

106.—Cada gremio tiene su *campo de simpatía* que se determina, por influjo de sus respectivos *núcleos de interés*, en virtud de fuerzas más o menos concretas o difusas y que le transmiten al trabajador lo que puede llamarse su fisonomía gremial. El carácter de un filósofo, por ejemplo, se robustece dentro de este aporte de la colectividad filosófica. Su sim-

patía innata por la prestancia filosófica constituye el gran elemento afín del modo de ser peculiar que en él es su carácter.

Es común en los filósofos el espíritu de independencia, aldeaño al de la originalidad; por otro lado—y en sentido opuesto al *originalismo* o deseo inmoderado de distinguirse—su amor por la verdad en sí misma; también la tendencia, disimulada o no, hacia la egolatría, que los impulsa a la construcción sistemática, violentando sus procesos creadores en beneficio de un festinado conjunto de ideas; o a la destrucción, sin medida alguna, de las escuelas extrañas.

107.—Está muy divulgada la idea de que el filósofo es un hombre sereno, imperturbable, cuya conducta se mueve bajo el influjo de las ideas puras. Se le resta así el derecho de ser hombre; el de tomar su esqueleto ideológico y cubrirlo de su anatomía respectiva: la pasionalidad humana que enciende las almas, cuando está bien orientada, con un fuego divino.

Lo puro hizo de Kant hombre, un sér anémico y rutinario; un escritor pésimo y desabrido; una aguja metálica de reloj. Lo puro a su modo, porque en el fondo la pureza trascendental no es más que una aspiración al vacío. El filósofo ha de ser, por tanto, para serlo vitalmente, no una rígida pajarita de papel; ¡un hombre!

108.—La aspiración al arte puro hace del artista un artífice; y la aspiración a la filosofía pura transforma al filósofo en un anticuario. Por otra parte, el amor a la ciencia pura determina en fantasma, al sabio.

109.—Sólo hay de verdaderamente filosófico en la obra de un autor, lo que no está determinado por el ambiente que lo envolvió a la hora de crearla. Es decir, que dentro del mundo que imagina el determinismo histórico, no habría filósofos, sino autómatas. No puede haber gesto sin una libre voluntad de manifestarlo; cultura, sin la responsabilidad propia de conducirla en sus manifestaciones superiores. Aunque la resistencia de la piedra determina un modo de actuar en el artista, el cincel la contraría y la vence. Sin este conflicto de la cosa que se impone y la fuerza libre que la moldea en sus manos, no existiría el arte; sería sustituido por la mecánica de los objetos.

110.—Entre otras, advierto dos fuerzas opuestas que realizan la historia: la mecánica del ambiente por una parte y la voluntad

libre y creadora del hombre, por la otra. Sin la oposición que lo necesario le hace a la libertad creadora, ésta carecería de su propio estímulo de trabajo. Vuelvo a decir que la naturaleza objetiva es el oro; y la persona humana su orfebre.

111.—El concurso de las innumerables libertades humanas de la colectividad, produce resultados nuevos inesperados. No todo lo que busca el hombre lo obtiene; ni es buscado por él lo que se le otorga en múltiples oportunidades.

112.—Es más apta una hormiga para cruzar un puente de cristal de un milímetro de espesor, que un elefante. Kant habría escrito cuentos malísimos.

113.—Más que por sus gloriosas hazañas, recordamos a Aquiles por su talón vulnerable.

114.—Eres como ciertos insectos: no haces más que buscar las grietas de las piedras. Careces de suficiente masa para oponerte a ellas. No ironices demasiado: he visto cerrarse una abertura en el instante mismo de pasar por ella una serpiente.

115.—Selaqui era un semidiós abandonado en los rincones del Parnaso homérico. Había sido olvidado en la fantasía del antiguo aeda, porque su fallido sino lo impulsaba a ser el opositor de Aquiles: sólo tenía invencible, al contrario del semidiós opuesto, el famoso tendón.

116.—Un método para estilizar un gesto en movimiento que lleve, entrañada en sí misma, su propia reforma. La aspiración a colocarlo más allá de los opuestos. No con un principio definido, ni con un fin preciso, porque el hombre, parte de un conjunto infinito, desconoce el comienzo y la finalidad matemáticas de toda cosa. Un deseo de aprehenderlo todo en su tiempo y en su espacio propios, sin confundir lo análogo con lo idéntico. Aprender el despliegue sin término de los nexos relativos de cada aspecto diferencial. Y el ánimo atento a captar el renuevo incansable del mundo.

117.—Cada época tiene su tabla de valores; cada raza la estima de una manera distinta; cada país le agrega su matiz nacional; cada hombre, su alma propia.

118.—¿Fracasan, de verdad, al interpretar a su estilo el medio en que viven y se agitan, los hombres, los países, las razas, el mundo entero? ¿No es lo que ha debido ser, en forma patética, al través de la historia? Sin la libertad creadora todo esto habría sido como el chirriar monótono de una rueda enorme, suspensa en el vacío infinito.

119.—Jamás desaparecen las horas. Allí están, inalcanzables, tras las pesadas verjas del tiempo pretérito. El recuerdo, toda poesía, las contempla, sin rozarlas siquiera, porque están plenas de eternidad. En quietud inmortal, su contenido trasciende a perfume. ¡Volved los ojos al milagro de las horas eternas!

120.—Más que las ideas mismas que expresa el autor, interesa al crítico el método empleado para obtenerlas. Un método de trabajo supone un profundo estudio del medio en que actúa; y el instrumento no se afila sin calcular la resistencia de su objetivo. Los métodos son incalculablemente complejos: no todo es conciencia uniforme en ellos. Distingo cuatro clases: método consciente; instintivo; inconsciente; y mixto. Las raíces de todos, por claras que sean, se hunden en el "mundo abismal". Pero lo que enfloran con su vida secreta, se recorta, se completa o se amplía por impulso de la libertad. Es el libre albedrío el que le trasmite al método el matiz valeroso y hondo de la personalidad creadora, en última instancia. Muéstrame tus herramientas y te diré qué destreza imaginas tener para manejarlas; muévelas en el surco para que sepa yo la clase de cosecha que buscas.

121.—El genio se produce por la iluminación de su método de trabajo, en la fuente unificada y torrencial de sus facultades.

122.—La personalidad tiene remansos por donde nada, magnífico, el apolíneo cisne de Júpiter. Leda se baña ingénuamente en las costas internas. Al transcurso de algún tiempo la idea exótica nos hiere y nos fecunda, contra el criterio propio.

123.—Las palabras, en un esfuerzo máximo, pueden hacer que se presienta lo que es el hombre. Pero no definir la profundidad de su masa. Hay, debajo de la imagen verbal que lo intenta, extraños fenómenos que lo impiden: ideas confusas, sentimientos sordos y subterráneos, inconcretables deseos, amalga-

mados tempestuosamente con todo; zonas neutras prontas al desamparo interior; poderosos torbellinos de niebla y de lava; arcanos misterios que el psicólogo no habrá de sospechar nunca . . . Si no existiera la certidumbre de que esta masa está alumbrada en el fondo por las fuerzas divinas, habríamos de convenir en que el hombre es un monstruo surgido en la humedad del abismo.

124.—El idioma es al espíritu lo que la atmósfera a la tierra: un elemento de fecundación vital de la superficie, nada más.

125.—Si el hombre fuera un elemento de la relativa homogeneidad del vidrio, sería excelente para cubrir ventanas y fabricar espejos, nada más.

126.—La razón humana es a la verdad, lo que el hombre a Dios y nada más.

127.—Es un apóstol: trenza sus virtudes en forma de látigo, para humillar las pobres espaldas del pecador que le niega.

Es un rebelde: en privado le tuerce el cuello a las buenas costumbres, como a un ganso de feria.

Un idealista: entretiene sus ratos de ocio escribiendo un manual del perfecto pirata.

El gesto es carne, macerada en el pecado o tierna y amorosa en la virtud. La cultura es entraña iluminada por un fuego desnudo que resplandece en la dación sin reservas de nosotros mismos. Sangre que borbota sobre los ojos del ciego, para envolverlos en luz.

128.—Cornelio tiene dos clases de lentes; de disminución para ver las cosas grandes y de aumento para engrandecer las pequeñas. De este modo se hace la ilusión de habitar un mundo a su propia medida.

129.—La civilización se desenvuelve con mayor rapidez porque opera, en un setenta por ciento, sobre los objetos externos. En cambio el desarrollo del espíritu apenas si se apoya en el suelo para crecer. La masa abismal que le sirve de propósito es, a pesar de su aparente flexibilidad, más tenaz que el hierro y más dura que la piedra.

130.—¿Cuáles son las condiciones que exigirías a tu filósofo ideal?

—El estilo de un Platón; la poderosa fuerza expansiva de un Nietzsche; la conciencia armoniosa de un Goethe; y la dulzura y profundidad de un Francisco de Asís.

—¿Y a quiénes preferirías explicar tu doctrina?

—A aquéllos que no han aprendido a administrar justicia entre los que sienten hambre y sed de ella.

131.—¿De cuál justicia me hablas, Ascanio?

—No, precisamene, de la que aspira a allanar montañas, a igualar sucesos o a identificar hombres. Te hablo de aquella justicia que da el derecho al trabajo, al pan y al abrigo; de la que sustituye la medalla del limosnero por el banco del taller; la humillación del ebrio por el hospital o el reformatorio; el desprecio del rico y el odio del pobre, por la fraternidad de las clases sociales.

132.—Las disciplinas humanas son tan interesantes, que el mismo tono elogioso que se emplea para hablar de una, sirve para la exaltación de todas. ¿No es maravilloso el átomo como la estrella?

133.—Los pícaros son las espinas del cardo ancestral. Sólo que ahora no sirven para defender la planta, sino con el fin de atacar las otras. Más armoniosa es la serpiente que no pudo transformarse en pájaro, con la amenaza de su afilado colmillo. ¡Viejas bayonetas desprendidas del árbol humano! Bástenos con saber que el mal tiene un defensivo origen que lo justifica.

134.—La luciérnaga guarda anudado en la entraña un rayo de luz. Cuando alumbra hace esfuerzos por desenredarlo. El esfuerzo interno del hombre ilumina aunque no desenrede.

135.—Todo hombre tiene, recogidas en su alma, numerosas antenas. Los pedagogos incautos las sepultan bajo el peso de abstractas cifras o de gruesos volúmenes. El número o la letra que no les presta calor a estos ateridos corpúsculos, los mutila o los aplasta, haciendo imposible la trasmisión del mensaje a que todos tenemos derecho en la tierra.

136.—Ayudad al niño a descubrirse a sí mismo. Pero antes habréis de mostrarle vuestro propio descubrimiento. El hielo no enciende a la yesca: la enfria primero y termina después por inundarla. Sólo el fuego calienta y alumbrá.

137.—Bernard Shaw dice que “la regla de oro es que no hay regla de oro”. El escepticismo del escritor británico no llega a negar la existencia de las reglas; ni del paradójico humorismo que alimenta sus páginas; ni de “la seriedad del arte”, según sus propias palabras.

Afirma: “Ensaya toda cosa y retén con fuerza lo que es bueno”. Irlanda, que es, según Chesterton, “un país de santos”, es la tierra natal de Shaw. De ahí viene su castidad, pero además, el sentido realista de la vida que sabe oponer con burlas al sentimentalismo de hebra inglesa. Maurois habla del burlesco puritanismo de este Shaw que no fuma, ni come carne de ningún animal; y que de todo protesta porque es protestante y de Irlanda. En la escuela wesleyana era generalmente “el último de la clase o uno de los últimos”. Lo confiesa con gusto porque es cosa grata y paradójica pasar del último banquillo de un colegio, a la primera silla intelectual de un vasto Imperio. Dijo cierta vez que, desde temprano sabía que su “destino era el de educar a Londres”. Magnífico maestro y excelente discípulo.

A Bernard Shaw hemos de agradecerle el hecho de haberle dado al mundo un genio histriónico. Ya empezaba a aburrirse de tanta cara de piedra y de bronce que asusta a los niños de Roma, de París, de Londres, en las avenidas y en los parques de todos los pueblos del planeta.

138.—Proust: “No hay gran estilo sin imágenes, pues sólo las metáforas sumergen el espíritu en lo real”. El problema que tanto nos mortifica a quienes odiamos al literato simplemente retórico, no es el de eliminar las figuras, sino el de saber escogerlas y repartirlas con la gracia peculiar que la realidad, representada por ellas, reclama.

139.—Aldous Huxley: “Es incomparablemente más fácil saber muchas cosas, por ejemplo sobre la historia del arte; y tener ideas profundas sobre la metafísica y la sociología, que el conocer personal e intuitivamente a los hombres”. Los conocimientos superiores dejan de serlo si no regulan, al menos por

su parte más baja, la conducta humana. Un filósofo que no paga sus deudas es tan repugnante, como un artista desleal o traidor; o como un sabio mal padre de familia. La estructura del conocimiento funcional impone una concepción más amplia y más útil de la vida.

140.—Si detestara a los sistemas sistemáticamente, tendría el sistema de detestarlos. Tampoco detesto al lagarto del Nilo, a los horizontes de la estepa o del mar, al polvo o a la mariposa. Es necesario saber que el desfile es inacabable pero legítimo. El limo del río florece en espléndidos lotos.

141.—De hecho y por derecho posee al hombre la razón del instante. No la rehuyas si no deseas adulterar tu historia íntima.

142.—Un conflicto perenne invade al hombre: el de su pasado con su presente. La conciencia de este fenómeno produce la angustia de las grandes rectificaciones.

143.—Es un escritor sobrio como el inglés, claro como el francés, profundo como el alemán y fino como el italiano. Pensando en él, he llegado a sorprenderme de mi fantasía, puesto que este prototipo de artista sólo existe en ella.

144.—Este otro es un escritor magnífico: mueve más sentimientos que ideas y más ideas que palabras.

145.—Vale más un desacierto de Platón que una victoria de Zoilo.

146.—Si Diógenes no hubiera buscado la celebridad, habría muerto de indigestión después de haber asistido a un banquete de Alcibiades.

147.—Ciertos escritores son como los cocineros: sirven al amo las mejores viandas y se alimentan luego con los restos del plato. Otros, más conscientes de su destino, se sientan a compartirlas con él en su propia mesa. Predican y viven del alimento espiritual de sus prédicas.

148.—El árbol es un parásito del espacio que vive en un

solo sitio para explotarlo mejor. Aprenden esta lección los políticos; y la olvidamos, jubilosamente, los viajeros y los poetas.

149.—Para algunos artistas lo importante no es el fondo del asunto que tratan o modelan: es la forma con cuyo recurso lo representan. Lo contrario de ciertos sabios, a quienes los símbolos expresivos no les interesan. Alucinados unos y otros por un solo aspecto de su materia, abandonan su cabal dominio a excusas del interés funcional del conjunto. La naturaleza nos enseña que toda imagen es directo reflejo de su esencia; y, por otra parte, que toda esencia está envuelta en inmortales imágenes.

La filosofía, que ve con mayor profundidad el misterio de los fenómenos, descubre que la forma no es más que un lado peculiar de la esencia; y ésta, un repliegue de inacabables figuras, de infinitos contornos, de sutiles símbolos.

150.—Hemos de suponer que todo lo necesario es, en el fondo, bello. Por repulsivo que sea un sapo, es una maravilla de la naturaleza. Cubierto de pintura dorada no es más que un adefesio. Pero uno de bronce puede ser el orgullo de una exposición escultórica. Su creador le ha transmitido una necesidad nueva: la del intérprete.

151.—¿Adornaríais a una catedral dándole a la cúpula, al techo y a las torres, la apariencia de un verde oleaje? ¿Transformaríais de buen grado la ornamentación natural de un pájaro? ¿Pintaríais de azul a una joya de oro? Todo esto sería cosa tan peregrina como vaciar un pomo de perfume en un plato de sopa. No obstante, cuando la paradoja no se hace distinguir con entera claridad, el mal gusto hace innumerables cosas análogas, que sólo sorprende, asqueado, el ojo avizor del artista.

152.—El verdadero artista sabe que toda pincelada tiene un lugar suyo en el lienzo; que toda forma corresponde a su propia función, en el mármol o en el bronce; que todas las masas y las líneas de un edificio se ajustan al modo de multitud de ruedas dentadas; que el ritmo se debe adaptar al motivo del poema como la funda a su estoque; que el gorjeo o el trino de la música ha de estimular al único sitio del oído que le concierne. Sabe, en suma, que el arte no es más que el sentido de encontrar un sitio para cada símbolo, de tal suerte, que se confunda con él; una disciplina, finalmente, en los fondos matemáticos de la gracia.

153.—La elocuencia es el desborde de la inspiración, manifiesto en numerosas palabras. El sintético siglo XX comprime a la primera y repulsa a las segundas. Tampoco ama, por lo que tiene de amanerado, de doctoral y de adusto, a la sentencia de carácter ético; o de cualquiera índole de majestuoso estilo. Aspira a ser sencillo y elegante a la vez; parco en formas, en giros, en imágenes. Busca, fuera de todo gesto ridículo o excesivo, con la gracia de un natural impulso, lo concentrado y preciso, en la levedad de una belleza ondulante y múltiple. Dijérase que trata de hablar una lengua cosmopolita, forjada en las mentes más densas de todas las épocas.

154.—Prefiero al retorcimiento de Gracián, la frescura y la flexibilidad de Cervantes. A la impudicia de Quevedo, su copioso análisis de las costumbres. Al moralismo místico de Fray Luis de León, la riqueza y la naturalidad de Lope. Al clímax retórico de Valle Inclán, el desgarrado lenguaje de Unamuno.

155.—La obra de carácter simbólico—El Quijote, por ejemplo—, no formula sino de un modo tácito, con un noventa por ciento de inconsciencia, la entera magnitud de su propio alcance ideológico. Cervantes no tenía más que oponer dos símbolos del pathos humano, frente a frente; y llenarlos de acción vital, para que luego el exégeta extendiera sus reflexiones sobre ellos, más allá de lo que habría de suponer su autor mismo. Pero si este autor pudiera conocer ahora la interpretación que han hecho de sus célebres personajes, los críticos, habría de aprender en ella, con no poca sorpresa, que Don Quijote y Sancho representan los dos más definidos y grandes aspectos de la comedia humana. Es decir, que los autores no saben siempre qué poder les mueve las manos, qué secreto impulso las dirige hacia un símbolo que en el mayor número de los casos trasciende, inesperadamente, la primitiva modestia de sus proyectos. De resucitar el Manco de Lepanto, habría de aprender, de labios de cualquier modesto universitario, a qué parajes lo condujo el máximo ingenio de la cultura castellana.

156.—La intuición es consustancial con su objeto: lo asalta, lo articula, lo impulsa a andar por el mundo. Es una matriz que no explica sus internos fenómenos, porque no tiene tiempo sino para crearlos con su propia entraña.

157.—Si tuviéramos la capacidad y la fuerza necesarias para explicarnos, en forma amplia y clara, el sentido íntimo de los mejores símbolos que se conectan a diario con nosotros, obtendríamos una perenne recreación de interna belleza. Resbalaríamos armoniosamente sobre el mundo, como el agua fresca sobre el limo. Nos columpiaríamos sobre el vulgar consorcio de las cosas, al modo de la luz en el espacio sin fin.

158.—Hay hombres que compensan, ellos solos, la vulgaridad de pueblos enteros.

159.—No se explica la semilla sin el fruto; el fruto sin la flor; la flor sin la rama; la rama sin el tronco; el tronco sin la raíz; la raíz sin la tierra; y la tierra sin Dios.

160.—Cada semilla es una síntesis del bosque; cada bosque, una síntesis del mundo; cada mundo, una síntesis del universo entero.

161.—El perfume, la forma y el color explican a las flores, como la luz a la combustión y al fuego; como las ideas y el sentimiento al hombre.

162.—La celebridad póstuma es una corona que debiera avergonzar a los pueblos que amortajan, con ella, a sus grandes hombres.

163.—La melancolía de los grandes es, en un cincuenta por ciento, el reflejo de la injusticia humana que los hiere.

164.—Más derecho al fracaso tienen los grandes que los pequeños.

165.—El descenso a la tierra de los espíritus superiores comprueba estas dos cosas: la trascendencia de su mensaje y la imbecilidad del medio que en el mayor número de los casos, se niega a comprenderlo y a pagarlo.

166.—Una de las paradojas más amargas que haya sufrido persona alguna en el mundo, es la sordera de Beethoven. Y otra: la de que sus peticiones de matrimonio fueran rechazadas por carecer el célebre músico, del estilo de clase de un conde. La

primera hace derramar lágrimas. Pero la segunda me inclina a la condenación, lleno de cólera, de la efímera criatura que osara dejar en suspenso la mano del genio.

167.—Hay reparaciones que el caballero no debe aceptar. Pero que la persona comprometida debe imponer a la fuerza.

168.—Un grupo de personas benévolas y piadosas rodea a un perro muerto.

—¡Qué blancura la de sus dientes!—dice Pedro—

—¡Qué perfectas mandíbulas tiene!—agrega Juan—

—¡Seguramente ha de tener un perfecto esqueleto!—exclama Lucas—

—¡Qué fino pelaje el suyo!—pondera Elías—

Y así continuó hablando el conjunto apostólico. Pero llega Diógenes y grita desaforadamente:

—¡Tapaos las narices o abandonad de inmediato el lugar! ¡Qué podredumbre más desesperante la de este cadáver!

Tolstoi, que venía detrás del cínico, sacó nervioso el pañuelo y se enjugó la frente.

169.—Volcad las más sólidas máximas y les encontraréis en la esfera antinómica, renovada sabiduría.

170.—Para unos el revés de las cosas es el derecho; para otros el derecho es el revés. Para quienes han trascendido los opuestos no hay revés ni derecho, sino un simple sentido de colocación frente a los fenómenos.

171.—El Don Juan de Zorilla busca a las mujeres; el de Shaw es buscado por ellas. La verdad es que el verdadero Don Juan las busca o las rehuye, de acuerdo con las circunstancias que lo comprometan.

172.—Espinosa:—Todo es espíritu.

Lenín:—No me vengáis con opio: todo es moneda y materia.

Un dualista:—No confundáis las cosas: Dios está a un lado y la materia del otro.

Yo:—¿A qué tanta disputa? Colocaos como os plazca. Mas vivid en las doctrinas de Cristo porque ellas garantizan, en los más bajos como en los más altos planos de la realidad, por el amor, que tanto os hace quereros a vosotros mismos, el con-

cierto colectivo. Buscad bien en vuestras palabras y veréis cómo no decís veinte sin que el rostro refleje la secreta luz de la cristiandad que lleváis por dentro. Los que peor habláis no hacéis otra cosa que golpear los Evangelios, con la cruz por látigo. Volved los ojos a Jerusalem y encontraréis el sosiego de la paz cuyo olvido os trastorna tanto.

173.—Fué a Jerusalem un asno y volvió al redil con sus cuatro patas y sus dos orejas. Fué un rico avaro a la ciudad santa y, ¡oh peregrino milagro!, volvió a su pueblo a repartir, año por año, la mitad de su cosecha a los menesterosos. Donde se vé que hasta los mismos avaros son superiores al pobre-cillo asno de nuestras cuadras.

174.—Fariseo: deja de dar consejos y ofrenda tu capa al necesitado.

—También la palabra es un rico presente.

—No toda palabra, Fariseo. La que no esté respaldada por hechos vivos, es hueca como el clásico mascarón. La otra, por humilde y escasa que sea, ilumina, por un misterioso influjo, a las almas. No confundas la escoria con el fuego.

—No tengo capa.

—Pues ofrenda, entonces, la incomparable joya del silencio.

175.—Dice Epicteto que “únicamente el sabio es capaz de amistad”. Luego ese retórico y erudito que predica nobleza constantemente a los hombres e intenta señalarles levantados caminos, no es un sabio porque ha traicionado al ventero de la esquina. Quien prueba su falta de sabiduría en un aspecto esencial de la vida, no tiene de sabio más que el deseo de serlo.

176.—La vanidad del estudioso lo hace creer, muchas veces, que la sabiduría consiste, de modo exclusivo, en el superior ejercicio de las facultades intelectuales. No acierta a comprender que la cultura se alza de lo pequeño y cotidiano a lo grande y excepcional. Que todo hombre debe ennoblecer los detalles de su vida corriente con el esmero de un artista. De otra manera se corre el riesgo de saber grandes cosas inútiles y poner en desdichado olvido las diminutas que nos hacen vencer o morir en la batalla diaria.

177.—Pregunta Beltrand Russell si “la conciencia es una parte permanente del universo” o “un accidente transitorio en un

pequeño planeta". La economía cósmica no menosprecia la menor de sus manifestaciones: nada se pierde en ella. Basta, por tanto, que algo exista, por mínimo que sea, para que permanezca inalterado en su lugar y en su tiempo preciso. En rigor nada muere en el mundo: lo pasado está, como lo futuro, en las bodegas del infinito. Es pasado o futuro en relación con el tiempo humano: no con la eternidad. La conciencia es una sustancia que se conecta, como la brizna o como el lodo, con el gran conjunto. Su boleto de entrada al universo no es más que su simple existencia.

178.—Lo que el hombre menosprecia para sí mismo, puede tener una especial importancia para el resto de la naturaleza. Desde este punto de vista, la fe en la economía universal debe ser ilimitada.

179.—Hace bien el hombre en relacionarlo todo consigo mismo, porque no puede desplazarse de su destino para vivir el ajeno.

180.—El hombre no es una isla metafísica: hay caminos que lo conectan más honda y directamente de lo que podría suponerse, con las más remotas estrellas.

181.—Que no te alarme la apariencia final de límite: es humo.

182.—La humanidad conserva una sabiduría completa de lo que es, en el más hondo de los sentidos: la que trabaja, de modo latente, en su propia existencia.

183.—La flor le ofrece miel a la abeja, a cambio de que ésta acarree el polen de los estambres al pistilo. Nosotros, de un modo inconsciente, unas veces somos flores y otras abejas: polinizadores de oficio; perfumados alveolos de miel, sin saberlo. Es decir, que servimos a incógnitos planes de la divinidad, por impulso de la secreta sabiduría propia que nos mueve y nos glorifica, más allá de todo lo previsible.

184.—El destino de las cosas siempre trascenderá a la razón que intente explicarlo.

185.—¿Qué afirmas? ¿Olvidas que sólo el que afirma convence o persuade?

—Creer poco pero bueno; afirmar poco pero seguro. Ade-

más, ignoras que la afirmación es trascendible. El hombre no está preparado aún para comprenderlo. Los autores de sistemas filosóficos erraron mucho porque afirmaron demasiado.

—Sin embargo, alcanzaron el renombre que apetecían.

—Vano filósofo el que busca su victoria en la comprensión de su tiempo. Yo me exijo más a mí mismo.

—Vivirás vituperado por todos. Tampoco reconocerán nunca los alcances de tu obra.

—Debes estar seguro, amigo mío, que me siento suficientemente pagado al contemplar, sin intermediario alguno, la magnitud de la pirámide que han levantado mis brazos.

—Ya veo que proyecta excesiva sombra sobre el horizonte.

—Lo mismo podrías decir de las montañas del Asia. Su sombra es más densa y más vasta, que la de ese grano imperceptible de polvo que flota, cerca de la ventana, al claror de la luz.

186.—He observado que a veces repites las ideas de un libro en otro.

—Eso lo he aprendido del peral y de la higuera: repiten, incansablemente, peras e higos. No hay modo de que produzcan nueces, dátiles, adoquines o piedras preciosas. Pero, dime: ¿qué hay de tus cardos? ¿Están dispuestos a madurar en melocotones o en naranjas?

187.—Un tratado de metafísica es a un lector, lo que el desierto a un caminante. Y ciertos libros de versos a un filósofo, lo que el jardín a un paquidermo. Con lo que está expresado que toda cosa encaja en otra como la estrella en su órbita. Y que es afición de necios e ignorantes, desprenderlas del medio que les corresponde, dislocándolas de su propio y natural movimiento.

188.—Vengo a dos cosas: a pedirte un servicio y a darte la oportunidad de hacerlo. En la amistad verdadera recibe tanto el que da, como el que acepta la ofrenda.

189.—Un día el filósofo defendió públicamente a un grupo de fenicios escarnecidos por la multitud. Algunos meses después, ya afianzados estos en felinos negocios, la multitud volvió a atacarlos. Recordaron al filósofo y le ofrecieron dinero para que los defendiera de nuevo. Y él les dijo:

—Habéis equivocado el camino: os defendí antes, desinteresadamente, por piedad. Si creyera ahora en vosotros, no os defendería por dinero, sino por justicia. (Relato auténtico).

190.—Escribe Einstein: "Gana terreno la convicción de que investigar las cosas reales y los fenómenos, constituye un proceso que nunca llegará a su fin".

Un pesimista:—Einstein confirma, en esas palabras, el aspecto sombrío de las ciencias.

Un materialista:—Pero sabemos que esa realidad a que se refiere el sabio, es materia. Y, aunque no sepamos en el fondo qué es materia, debemos explotarla como un elemento económico.

Un escéptico:—¿Qué sabe Einstein y qué sabéis vosotros de la realidad, de los principios y los fines!

Un optimista:—¿Cuanto más largo sea el redondel, más entusiasta será la carrera de los caballos! Un proceso limitado de investigación sería una calamidad. ¿Qué inmensas sorpresas nos reserva lo futuro!

Yo:—¿Sólo sé que todos sois dignos de vuestras ideas y que a todos os mueve un profundo secreto! ¡Benditos seáis en la infinita comunidad del cosmos!

191.—La sala de los espejos diversos:

—Las figuras son altas y delgadas.

—No, hermano; son bajas y anchas.

—Os digo que estáis en grave error: no son ni altas, ni bajas. Son delgadas en los extremos y anchísimas en la parte media.

—Sóis unos espejos locos que deshonráis la estirpe de los cristales. Veo las cosas como son: altas o bajas, anchas o delgadas.

No véis más de la realidad externa, por mucho que os acerquéis a la verdad, que simples imágenes.

192.—Dice Epicteto: "¿Qué debo hacer? Ensaltar a la Divinidad. Tal es lo que haré toda mi vida y lo que yo aconsejo hacer a todos los hombres". Pero la tarea de hacerlo a fondo consiste, no en crear imágenes piadosas para depositarlas en frascos de cristal: más bien en vivirlas, en mezclarlas con nuestra propia vida. Ensalto a Dios cuando embellezco mis actos, no con su simple recuerdo, sino con la presencia de El en la sangre que los produce, en los sentimientos y en las ideas que los ilumina. Dios no es palabra filistea, ni gárgola ornamental del espíritu: es llama creadora en el corazón de quienes le han presentado. Yo lo ensalto moldeando, día a día, sin descansar un instante, mi propio hierro.

193.—Lo que me irrita de tu indolencia no es el hecho de que te hayas transformado en un parásito de los demás: es, más bien, el dolor que me inspira el menosprecio que haces de tu riqueza interna. ¿No puedes sembrar un árbol? ¿Eres incapaz de abrir las hojas de un libro? Por ventura, amigo, ¿no tienes fuerza para ser útil del modo más simple?

194.—El mérito del escritor no sólo está en el aporte de su originalidad, que es el más excelso de todos: además en la propaganda de las ideas abandonadas por la indolencia de la multitud. El ingeniero también puede inclinarse a ajustar un remache o a pegar un ladrillo, sin que por esto se menoscabe su legítimo orgullo. El romano, después de abandonar el poder, se dedicó a sembrar sus predios. ¿No voy, pues, a repetir añejas verdades después de haber anunciado el fracaso de la razón clásica y escrito mi teoría de las dimensiones?

195.—Todo ha quedado en escombros. ¡Estoy arruinado!
—Amásalos y modela con ellos una bella estatua.

196.—La gloria de los grandes hombres no es más que una gran victoria asentada sobre innumerables fracasos. ¿Sabíais que el triunfo de los pequeños también sufre el mismo sino?

197.—Agregad un pequeño matiz nuevo a una vieja verdad y le transmitiréis un insospechado esplendor.

198.—No enfoquéis de una misma manera las cosas y os sorprenderéis al descubrirles un mundo nuevo, cuya existencia no habríais supuesto nunca. Por eso la agilidad mental es una de las más fecundas características del verdadero creador; la rapidez en los movimientos; la ligereza que los concierta, a veces en formas inesperadas, en imprevistos ritmos.

199.—La multiplicidad de los trabajos no es defectuosa, a condición de que un mismo gesto los enderece. En la monotonía se alojan, en cambio, los obreros fanáticos, los intolerantes, los que no tienen el fuego creador que renueva a las almas. Seamos, por tanto, uniformes en lo múltiple; y múltiples en lo uniforme. Lo aconsejan la naturaleza y la vida.

200.—¿Por qué no se obtiene la relativa felicidad de que goza alguna vez el hombre, sin la amargura del sinsabor anticipado?

201.—No se te considera en cuanto vales ¿No sería peor no valer lo que vales?

202.—Al contrario de lo que pasa con las estrellas, cuanto más lejos está un hombre superior, más grande nos parece. En los momentos en que se acerca nos admiramos de que sea grande pareciéndose tanto a nosotros.

203.—Los grandes solitarios establecen sus puntos de relación en el contacto de los mejores autores o de las ideas más densas. Escuchan luego las habladurías humanas, con el cuidado del que oye el ruido del viento, en la ramazón de los bosques.

204.—Gran maestro el mío, es verdad. Pero yo era un poeta y me hizo un erudito.

—Debes estar seguro de que, en el fondo, no eras lo suficientemente poeta para defender, a despecho de todo, tu poesía. Ni eres hoy un erudito porque tienes nostalgia de tu vocación perdida. Por otra parte, ¿estás seguro de que no te quejas de ese modo por la travesura de hacer una linda frase?

—Me juzgas frívolo.

Pasemos ahora a hablar de tu reciente libro de versos; y luego, de tus eruditas pesquisas de Góngora.

205.—¿Cuál personalidad es más auténtica? ¿La del que escribe; la del que habla en la intimidad; o la de aquel otro que se manifiesta en el corrillo del café o la esquina?

—No me cabe la menor duda que la del escritor es más seria y más honda.

Ahora habla la esposa de un cronista célebre:

—Yo recojo las angustias íntimas de mi esposo. Jamás lo he visto más interesante que en la intimidad.

El amigo, en cambio admira más sus conversaciones que sus crónicas. Pero, ¿no hay libros más profundos que una vida entera? ¿No existen dramas del hogar mucho más intensos que mil poemas juntos? ¿Y no ocurren, en las arcadas de palacio, disputas de resonancia histórica? Allí donde aparezca todo el

coraje de una vida, surge, sin artificiosas limitaciones, la autenticidad del alma.

206.—La mayor riqueza de la vida está en el cambio de edad. La juventud eterna es el más aburridor de los mitos.

207.—La naturaleza es tan sabia que si pudiéramos devolvemos hacia la cuna, correríamos, atropelladamente, con rumbo al catafalco.

208.—¿Hay alguna fuerza que busque finalidad en el cosmos? La finalidad de la semilla es la planta futura; la del caparazón de la tortuga es defenderla; el caracol se defiende, también, con su coraza: está constituido por objetos que tienen una precisa finalidad. El ojo ha sido premeditadamente hecho para ver. Luego la finalidad es un fenómeno providencial en el árbol, en el animal, en el hombre. ¿No es bastante obtener la medida de tales fenómenos, en sus caracteres finalistas, para llegar a la comprensión de que el universo entero busca un fin profundo, aunque inabordable? ¿O es que en lo pequeño, en el grano ínfimo de la mostaza, por ejemplo, existe la excelencia de una finalidad dada, y, en cambio, el gran conjunto carece de ella?

209.—Estoy seguro de que todo sigue un curso divino. Quisiera poder demostrarlo a los hombres, haciéndoles entender que ellos mismos son un milagro. Lo que nos constituye y nos envuelve es una prueba deslumbradora de la existencia de un ser cuya sabiduría lo trasciende todo en el cosmos. Estamos necesitados de la dignidad de esta idea, para traer paz y sosiego a las almas atormentadas que la han olvidado.

210.—Así como el animal necesita del instinto para vivir y de un escenario, a fin de desenvolverlo convenientemente, el hombre exige, en planos superiores, el concurso de ciertas ideas—ejes en torno y dentro de las cuales se recrea su personalidad. Estas ideas le dan, a cada uno, una fisonomía distinta. Sin embargo, agrupan a los individuos de una masa colectiva en el interior de un círculo que se caracteriza por un clímax propio. Un centro de ateos, por ejemplo, adopta una conducta particular, pesimista y estrecha, llena de gestos melancólicos, porque la idea-eje los impone a la fuerza e independientemente del deseo de cada uno. Toda idea-eje tiene su contraria, con sus

opuestas consecuencias. La idea de Dios, una vez aceptada con profundidad, ilumina las almas de un extraño modo; y las impulsa a obrar de acuerdo con finalidades insospechables por su grandeza. La más dinámica y jubilosa de todas. Sin ella la cultura no es más que un montón de escombros.

211.—Conocer hombres es una ciencia, un arte y una filosofía. Ciencia en cuanto los observa, los mide y enumera y clasifica sus diversos aspectos; arte, en cuanto los intuye o los siente; y filosofía, en el grado en que explica el sentido superior de su vida. El filósofo consulta el mapa ideológico y temperamental de la persona que estudia, para conocer las ideas y los sentimientos-ejes que la dirigen. ¿Cree en Dios? ¿Tiene un concepto primitivo o industrial o integral de su tiempo? ¿Es cientifista? Después de esta indagación, el filósofo sabe si puede confiarle un depósito de dinero, un secreto o el desarrollo de un programa determinado de trabajo. No ignora que existen escépticos más honorables que ciertos profesionales de la espiritualidad. Todo lo ha tomado en cuenta en su estudio. Pero busca el conocimiento de los hombres por su más auténtica fisonomía: la de su temperamento; la de sus ideas-ejes; la de su indefectible órbita estelar.

212.—Hay quienes creen que creen, pero no creen. Si la creencia se refiere a la Divinidad, reconoceréis a ese género de incrédulos por el desabrimiento y amargor de sus frutos. Mas, de manera contraria, existen quienes creen que no creen en Dios y lo tienen arraigado en su entraña. Estos son como el árbol de fea apariencia que reconcentra el jugo en sus racimos. No hay más que podarles sus ramas para que revivan espléndidamente. Los otros llegan a conocer, tarde o temprano, el látigo del Evangelio. Por esto el conocedor de hombres dirige sus preguntas, sin titubeo alguno, al higo antes que a la hoja de la higuera; a la raíz antes que al tronco del árbol.

213.—Acabo de doctorarme en la universidad: conozco varias disciplinas a fondo; hablo varias lenguas.

—¿Te enseñaron a conocer hombres, Flavio?

—Ignoro lo que deseas sugerir.

—Si lo ignoras, te manifiesto que has aprendido, durante dieciséis años de estudio, todas las reglas de la natación, pero no sabes nadar.

214.—Sé amigo de los hombres: de su interés íntimo, mas no de sus bastardas palabras.

215.—Hay algo, en ese bandido, que me entenece: el dolor de su alma enferma.

216.—Es un filósofo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo oí pronunciar sentencias nuevas y espléndidas.

—Vuelve donde él, con los oídos tapados y miralo actuar durante algunos días.

Al mes llegó Crisipo a casa de su amigo y quitándose el algodón de los oídos, dijo:

—He de rectificarte mi informe sobre Alceste: no es un filósofo: es un fenicio.

—Tus ojos y tus oídos te han engañado, Crisipo: ni es filósofo, ni fenicio: no es más que un hombre.

217.—Si amáramos el buen vivir como a la utilidad que deseamos desprender de las cosas, tendríamos a nuestro capricho un poder enorme para conquistarlo. El imán de los bajos deseos nos subyuga, mientras el otro nos abandona porque estamos aislados de él, bajo una capa espesa de cieno.

218.—Agrippa:—"Nunca me serviré de obstáculo yo mismo".

Epafrodita:—Se sirve de obstáculo a sí mismo el que cree más o menos de lo que debe creer; el que ve dislocados los objetos, las ideas, los sentimientos, las internas imágenes; el que no hace lo conveniente con exactitud; se sirve de obstáculo, en suma, el que se desconoce a sí mismo. Luego, querido Agrippa, tu máxima es deslumbradora pero engañosa. Corrígela de suerte que se adapte mejor a la realidad abismal que nos forma; de manera que tu noble deseo abarque el espacio y el propósito que le conviene.

Agrippa:—Bien, Epafrodita: trataré de no servirme de obstáculo a mí mismo.

219.—La excesiva firmeza de palabra, oculta, casi siempre, un engaño, una imprudencia, una debilidad.

220.—Pocas determinaciones son más eficaces que las del hombre que no las prodiga. Sin embargo, no desconfiéis cuando



un gigante se disponga a desquiciar un peñasco que pueda cubrir con sus propias manos; y repita este acto, para ti imposible, hasta levantar una vasta pirámide de piedras, en el valle.

, 221.—No peques por exceso ni por defecto.

—Dime: ¿eres un dios?

—Ignoro a qué viene esa pregunta.

—También ignoras que la precisión no es cosa humana. La realidad repugna lo exacto.

222.—Ni el psicólogo, ni el lógico, ni el metafísico, han logrado concretar ciertos modos de ser del alma colectiva del hombre, que los goza o los sufre en proporciones de una eficacia inmensa. Pasan por ella, al través de las épocas, como vastísimas inundaciones de agua o de lava; como nubes tempestuosas o como entusiastas vientos de liberación. Los pueblos, sumidos en estos extraños elementos cuyo origen y cuyos propósitos son de una imprecisable grandeza, los viven a la manera de atmósferas definitivas, que acomodan los sentidos y las facultades a normas de una humillada indiscutibilidad. Así, por ejemplo, nos hemos acostumbrado a menospreciar el milagroso estilo de la naturaleza y por esto la observamos como si fuera cosa vulgar, con los ojos adormilados y deprimido el análisis de sus maravillosos símbolos. No apreciamos su milagro: lo hemos olvidado. La gana virtual de contemplarlo con impulsos creadores, está reprimida en lo hondo de la caverna abismática. El mundo nos parece un cortesano vulgar que tuteamos groseramente en los barrios bajos del espíritu. El espectáculo del cielo estrellado es, para nosotros, un lugar común de la ciencia, de la filosofía y del arte. Vale menos que una joyería de Turín o de Londres. El interminable fenómeno de los elementos, concertados en profundos ritmos, no es un suceso mayor que una danza de tangos en un teatro. Estamos tan familiarizados con el universo, con su cáscara humana, que ya no refleja en nuestras almas entristecidas, el resplandor del corazón infinito que lo mueve y lo alumbra.

223.—Imaginad la aparición intempestiva de un hombre, con su alma desenvuelta y capaz de apreciar, reflexivamente, su propio mundo interior y el nuevo ambiente que lo circunde. Carece de prejuicios. Suponed, además, que es la primera oportunidad que tiene de apreciar a un mundo como el nuestro. ¿Creéis que no se

llenaría de asombro en presencia de este inmenso fenómeno de la naturaleza? Pues bien: hemos perdido el poder de asombrarnos con la virginidad primaria de los ojos. Párpados cerrados bajo montones de plomo. Nuestra tarea nos impone la revisión total de los valores, con el fin de pesarlos en nuevas balanzas. Es urgente el nacimiento de un espíritu capaz de conocer, en los tiempos actuales, la densidad del prejuicio que nos ciega; y el modo nuevo de ver los problemas que se desprendería de una profunda liberación de las almas. Estamos cansados del plomo que nos ciega, del prejuicio que nos aturde, de esta segunda naturaleza empobrecida y mezquina, que niega, en la sombra espesa, el resplandor perdido. El árbol crece; la flor se abre en perfumes: la granada se esponja en ricas simientes; el agua circula, en un canto único, en torno de la tierra; y las estrellas giran, magníficas, en el cielo. ¡Hombre enterrado en el lodo!

224.—Y creció la llama en el bosque. Y se incendiaron las viejas chozas. Y vino la lluvia después y confundió en el humus las viejas cenizas de las techumbres y de los árboles milenarios. Y la tempestad trajo de lejanas campiñas la simiente. Y la simiente reverdeció en espigas. Y el sol doró los granos. Y el hombre los molió afanosamente en los nuevos molinos. Y se postró a los pies del monte. Y oró.

225.—Hay un momento en que las cosas que deben ser arrasadas, maduran y caen. Y otro instante en que las piedras mismas se suavizan, para que reviente, sobre ellas, el brote nuevo. Cuento, Espíritu Divino, los granos desprendidos de la clepsydra, hasta llegar al día en que el hombre despierte y vea el lupanar en llamas y el valle en flor.

226.—La escuela estoica tiende a constituir el prototipo del carácter moral. El mismo Epicteto, desconfiaba de que hubiera un estoico de verdad, al castigar la hipocresía de su tiempo y pedir cuenta a quienes creían profesar este orden de ideas filosóficas. Todo género de prototipos es resultado de la tendencia matemática a la exactitud del modelo. Es, por tanto, una derivación abstracta y formalista de la mente: no un efecto de la fenomenología de las masas humanas. El estoicismo deprime el espíritu para liberarlo. Y eso equivale a comprimir la masa, sin reservarse el cuidado de las válvulas de escape de Freud. La obra de los estoicos es a la filosofía lo que el Partenón al arte

arquitectónico; lo que la Venus de Milo, al de la escultura; lo que Euclides a las matemáticas; lo que Apolo al ensueño deísta de los helenos. Recuerda a las ideas matrices del pensamiento platónico. La aspiración al equilibrio absoluto, a lo perfecto, es el móvil central de esta cultura del prototipo y de la fórmula preconcebida. Tiende a la quietud de lo imponderable, sin tomar en cuenta las rebeldías imprevistas del torbellino abismal.

227.—Los deterministas psicoanalíticos, sorprendidos por la turbulencia interna del hombre y por su eruptividad necesaria y elemental, han olvidado que el libre albedrío es su complemento antinómico ineludible. Es poderosa y determinante la masa, pero sobre ella florece el espíritu que dignifica, en maravillosa forma, al sér humano: la libertad que lo hace responsable de su obra.

228.—El hedonismo contempla y organiza el placer corporal: su filosofía es la del tiempo y el espacio inmediatos. ¿Pero existe, más allá del cuerpo externo y del suelo que pisa y del tiempo inmediato, un sentido lejano, aunque no menos cierto y hondo, de las cosas? Sabemos que todo hecho corresponde a una mayor o menor finalidad, según su importancia. La elíptica de un barco de papel no traspone, si no es por excepción, el remanso que surca. Diferente a la del trasatlántico que atraviesa los mares. Y a la del hombre que lo construye; y a la de la humanidad que lo trasciende; y a la del mundo y todos los astros; y a la del cosmos entero. El animal vive para comer; el hombre come para vivir. Y vive, desatándose cada vez más del tiempo que pasa y del pedazo de tierra que lo sostiene, como un flechero que afloja el cordaje de su arco hacia la eternidad. No come rosas en la pocilga, al modo del asno clásico de la filosofía placentera.

229.—La escatología o “doctrina relativa al destino final del hombre y de la naturaleza” admite, aunque en forma tácita, la capacidad humana para hacer la determinación siendo ella misma una parte del conjunto absoluto. Aun el destino social trasciende al hombre particular, como lo innumerable a lo uno. De aquí no se deduce la imposibilidad de un fin, sino, más bien, una grandeza superior de la finalidad sobre lo que pueda imaginar el más agudo escatólogo.

230.—El agnosticismo—lo incognoscible en griego—envuelve a toda doctrina que parta de la imposibilidad de conocer. “De

todos modos—dice Goblot—, la confesión de que nuestro conocimiento es limitado, que no lo sabemos todo y no lo sabremos nunca todo, no es agnosticismo. Los agnósticos apelan al Incognoscible para explicar la naturaleza; lo introducen en la ciencia”. El agnosticismo circunscribe a un cierto número de hechos o al universo entero, dentro de la potencia incomprensible que los manifiesta sin que podamos explicárnosla, aunque necesitamos suponerla para tal efecto.

Mi tesis es diferente: cree en la imposibilidad de conocer lo absoluto; pero además, en que hay razones superiores a la de los habitantes de la tierra y que estos pueden llegar a conquistar en épocas futuras, cuyos designios y naturaleza no podemos precisar y, por lo mismo, ignoramos si se desenvolverá dentro de actitudes agnósticas que han de ser, como todo otro gesto de nuestra cultura, trascendidas. Es decir que en la superación de los opuestos y las antinomias, desaparecen, seguramente, los problemas de la filosofía conocida, como este del agnosticismo a que me he referido; y que parece tan cercano, en cierto modo, a mi doctrina del gesto. Lo incognoscible de hoy, por ello, no será lo incognoscible de mañana; o no existirá ni siquiera como problema.

231.—El determinismo, necesidad inmanente que se confunde con la naturaleza—no el fatalismo, que supone un poder superior que lo dirige—, es el opuesto del indeterminismo, que consiste en concebir un hecho como contingente, no sólo en sí mismo, sino en relación a las circunstancias y a los antecedentes. Este último es la pura negación del primero. De un lado el azar; de otro la necesidad. He sostenido que la realidad profunda—no el concepto humano, que es otra forma de esta realidad—sobrepasa o trasciende la estructura de los opuestos. Y esto equivale a suponer que lo determinado y lo indeterminado no son más que formas de clasificación humana de los fenómenos. O de otra suerte: temas para sustentar el trabajo interno dentro de una teoría pragmática, pero no absoluta, que ayude a desenvolverlo. Gestos de la razón clásica conformados por los sentidos actuales, frente a estímulos que se les adaptan.

232.—A tal sentido corresponde una forma especial del fenómeno que lo estimula. El zacate seco es pardo. Visto con anteojos verdes, aparece verde, siendo el mismo. ¿Estamos seguros de que exista un tipo normal absoluto de los sentidos? Cada uno ve las cosas a su modo; cada uno tiene su ciencia, su arte

y su filosofía, por más análogas que sean a las ajenas. Las personalidades nacen de la formación y deformación de nuestros sentidos o modos de apreciar, internos o externos.

233.—Pero no es posible suponer que no exista, de infinitas maneras, una realidad explicable, para cada clase de humanidad, con tantas diferentes razones, como infinitos gestos culturales existen en el cosmos.

234.—La metafísica—más allá de la física—es el estudio de los primeros principios de todas las cosas y de su fin último. Se la confunde con la ontología o estudio del sér opuesto al fenómeno, considerado éste como cosa superficial.

No hay manera de concretar principios ni fines absolutos. Por esto, la metafísica no es más, en el fondo, que una ciencia superior, en sutileza, a la vulgar. En forma semejante llámase metageometría a la ciencia que trata de un espacio—no euclideo de dimensiones rectilíneas, homogéneas e idénticas entre sí—de más de tres dimensiones que desbordan el presente absoluto de la matemática clásica. Ver mi Segunda Dimensión. También hay una metempírica que estudia las cosas un poco más allá de su trato vulgar. La metafísica, la metageometría y la metempírica, abandonan sus posiciones cada vez que su dominio o parte de su dominio, entre a la ciencia vulgar. Son disciplinas de avanzada cuya misión es abrir paso al simple investigador objetivo, que trabaja en función de evidencias directas.

Más que ciencias cerradas, son formas de colocarse frente a los motivos culturales de una época.

235.—Heráclito decía que “nada es puesto que todo deviene”. Y Parménides: “Lo que es no puede devenir”, porque desaparecería. Y agregaba: “El devenir es una ilusión”. Si consideramos que todo fenómeno ocurre en determinado espacio y en determinado tiempo, queda entero en el sitio y en el momento en que haya ocurrido. Lo pasado conserva, por tanto, completamente, las cosas que en nuestra opinión ya murieron en él. Pero sin devenir no hay progreso. La libertad garantiza, contra la economía quietista de la naturaleza externa, el poder de crear, tan necesario a la dignidad humana. No sería raro que alguien aceptara el quietismo económico de lo externo y sobre su realidad determinada, la potencia, en devenir contradictorio, del alma responsable de su propia obra. Aceptar, de esta suerte, la correla-

ción del devenir anímico con lo invariable objetivo, impondría otra contradicción, tal vez grata a la filosofía antinómica de los próximos siglos.

En mi concepto, las ideas de quietud y de movimiento, variables de verdad, no son más que modos de apreciar la arquitectura del mundo, con el ojo humano correspondiente al grado de cultura en que nos desenvolvemos. Si esto fuera así, también podría desaparecer el devenir como problema metafísico; o plantearse en una forma nueva, tan extraña a Heráclito como a Parménides.

236.—La falta de capacidad por un lado y la pereza por el otro, nos inclinan a aceptar la solución oficial de los grandes problemas. Pero, además, el miedo de quedarnos, en cierta forma, dentro de un pavoroso vacío relativo, que amenace destruir nuestra fe en la existencia. Sólo a los grandes espíritus les ha sido dada la fuerza de encararse, sin pereza y sin miedo, a los problemas más abstrusos, aunque dejen al porvenir la tarea de descifrar sus incógnitas, con algún asomo de acierto. ¡Sólo a quienes no temen orar en el desierto lejano de su propia grandeza!

237.—Veamos lo que Leibnitz dice del llamado, en los tiempos modernos, "mundo abismal". Trata de circunscribirlo con las siguientes palabras: "Percepciones oscuras"; "Percepciones sordas"; o "pequeñas percepciones". Esto equivale a darle mayor importancia a un cráter activo—la conciencia—que al abismo, lleno de lava y de misterio, que le sirve de surtidor subterráneo. Lo más grande está en el fondo del yo: lo oscuro y lo divino. Por eso algunos psicólogos prefieren hablar, al referirse a lo que otros denominan *inconsciente*, de un *subconsciente*, admitiendo que hay luz dirigida por dentro.

238.—¿Y no hay fuerzas dirigidas, muy fuera de la conciencia humana, debajo y encima de ella, en los cuerpos de todas las plantas y de todos los animales? ¿No es superior todo ello, la máquina maravillosa de los ojos, la nervadura de la hoja, la circulación de la sangre, al raciocinio humano? Sirva o no sirva nuestro esfuerzo por conocer, ¿deja de existir por eso la infinita superioridad, sobre las ideas, del mundo que nos alimenta, nos constituye y nos circunda? De este conflicto entre la pequeñez del conocimiento y la inmensidad de las cosas, nace el imperativo de la inevitable idea de Dios.

239.—A nuestra facultad de conocer por conducto de los sentidos, a su estudio propiamente dicho, llama Kant *estética*. La estética trascendental queda definida por el filósofo alemán, así: la investigación de lo que, en las “instituciones empíricas” o datos de la experiencia, es *a priori*. Estas definiciones han sido abandonadas por la difusa amplitud que las constituye. En cambio, la general de estética de Baumgarten se ha divulgado en una aceptación colectiva, por su sencilla claridad: estética es la ciencia de lo bello en el arte y en la naturaleza. Conviene recordar que la palabra quiere decir, en griego, sensación.

Ciencia de lo bello y de lo feo. Hemos de recordar que los opuestos son trascendibles. El naturalismo acepta, en determinadas condiciones, la belleza de la fealdad. Hay más efecto artístico en un cuadro feo, pero real, que en cromo lleno de primorosos detalles ilusorios. Todo esto prueba que no existe límite fijo entre lo bello y lo feo; y que en ciertas circunstancias se confunden en una antinomia inevitable. Desde este punto de vista, las definiciones de Kant son más hondas. La de Baumgarten responde nada más que al sentido común.

En mi concepto, la razón clásica tiene su estética relativa, así como la antinómica formará la suya. Y las otras razones que irán superando, al través de las épocas, a las anteriores. Cada una de ellas acomoda el ojo contemplativo a sus exigencias. Pero la verdad absoluta de los principios artísticos no existe más que en relación con un gesto dado de la cultura humana.

240.—*A priori*: la parte del conocimiento que es del sujeto; su aporte propio.

A posteriori: lo que es en el conocimiento producto de la experiencia. No existe, en mi concepto, un preciso límite entre sujeto y objeto y, por tanto, entre lo que es dado *a priori* y lo que es puesto *a posteriori*. Kant separó a tales términos, dentro de su rigorismo crítico, en forma definitiva y absurda. Como separó también al *nómeno*—la cosa *en sí*, de la que el fenómeno es su manifestación—del *fenómeno*, sin existir solución de continuidad entre ellos, al menos dentro de la razón clásica. Lo mismo hizo Fichte con el yo y el no—yo.

241.—Laplace: “El hombre no es ya la medida de todo; es algo mejor: el medidor de todo”. Pero con relación a él mismo.

242.—Nicolai: “El tamaño del hombre es aproximadamente el término medio entre un electrón y el universo; y esto, no por mera casualidad, sino por necesidad”. También habla Nicolai, en “El hombre y el Mundo”, de la analogía en el tamaño de los astros, cuyas diferencias no tienen un carácter desproporcionado, según la edad de cada uno. Sugiere, pues, que los seres racionales son un objetivo de la naturaleza, que ésta cuida y mece como a un hijo. Contra lo que pudiera esperar Nicolai, volvemos a una especie de antropocentrismo, puesto que se ajusta, dentro de tales ideas, en cierta forma, el universo, a un tipo de sér racional que debe habitar la superficie de la mayor cantidad posible de mundos.

No creo exactamente lo mismo: entiendo que hay una escala **innumerable** de seres racionales, metacognoscentes y metametacognoscentes, etc. . . . Cada uno vivirá en su medio adecuado, rompiendo, de esta manera, la monotonía formalista que observamos en el espacio estelar. Presumo que existen muchas clases de espacios cuya concatenación misteriosa ignora el hombre simplemente racional. Cada zona ha de tener sus ciencias aparte. ¿No es sublime abrir la fantasía del hombre hacia el milagro cada vez más amplio del infinito?

243.—Pensar que la razón humana puede explicar el sentido absoluto de la vida, equivale al ideal antropocéntrico; es traspasar el antropocentrismo al conocimiento. Califico a este fenómeno con la palabra *cognoscéntrico*.

244.—El cognoscentrismo se imagina que el modo más alto de ser es la conciencia. De admitir una cúspide, un punto final de grandeza en algo finito como la razón humana, se acepta un límite en forma absoluta, que no existe. El hecho de que no podamos los hombres imaginar lo supraconsciente, no basta como sólido argumento para negarlo. Más allá de todas las razones posibles se manifiesta Dios, no sólo abarcándolo todo; además superándolo, dentro de lo insospechable sin límite.

245.—Un cognoscéntrico:—Se rompa o no el principio de lo no contradictorio, la última palabra del mundo es la razón.

El opositor fantástico:—Sobre la razón de todos los astros, hay un más allá que alumbra en lo eterno.

Cognoscéntrico:—Esa luz es la razón divina.

Opositor:—El raciocinio es, al universo, mucho menos que un cabello a la Vía Láctea.

Cognoscéntrico:—Te apoyas para afirmarlo en la razón misma.

Opositor:—Ven conmigo a la ribera del río. Observa ahora cómo del limo oscuro del fondo se desprenden, hasta la superficie del agua, las flores del loto.

246.—Profunda angustia produce seguir al explorador por las comarcas incógnitas de la tierra y de la inteligencia. Por ello toda filosofía es angustiosa cuando explora sus territorios; y cómoda cuando los ha conquistado.

247.—No hay nadie más cuerdo que el genio: su tragedia consiste en la incomprensión de los espíritus normales y de los idiotas que lo rodean, lo obstaculizan, lo calumnian y lo empujaban hasta recluirlo, a patadas, en el manicomio. El prefiere este destino, a confundirse con la vulgaridad ancestral del medio que lo despedaza o lo encadena.

248.—El cohete:—Me elevo, sobre ti, con mi propio impulso, para estallar luminosamente en la altura.

La flor:—Prefiero desmayarme, en mi jardín, envuelta en perfume.

El filósofo:—¿Qué le importan las chispas a la flor y el perfume al cohete?

249.—Prefiero el dolor de crear de un Beethoven, a la esplendorosa abundancia de cien monarcas imbéciles. De aquí desprendo cierta repulsión injusta por el Emperador Marco Aurelio.

250.—¿Por qué Mozart, que murió a los treinta y cinco años, escribió cerca de mil obras? ¿Por qué Miguel Angel logró la creación de una obra gigantesca? Porque el genio es producto, tanto de la paciencia como de la impaciencia. El paciente aguarda; el impaciente realiza. El primero proyecta: el otro ejecuta. El uno observa, mide, enumera; el otro arrebat. El genio es cálculo terreno y vertiginoso vuelo hacia la divinidad.

251.—Las facultades se vigorizan y afinan más, en casos como el correspondiente a los genios, con el ejercicio creciente e ininterrumpido. A mayor velocidad de la hélice, mayor vuelo; a mayor velocidad del volante eléctrico, mayor intensidad de la

luz que produce. Por eso el hombre genial no obedece los métodos ordinarios de trabajo. Inventa los suyos fuera del orden cotidiano y aconsejable de la actividad. La esposa de Shumann le rogaba, a cada instante, al gran músico, que descansara; la de Mozart le pedía a su compañero que no precipitara la creación de su última obra. Y así, de un modo o de otro, ha ocurrido con todos los grandes hombres. No se satisfacen nunca: la impaciencia consume los minutos mismos en que descansan.

252.—El talento metódico es una especie de cortesano de la sabiduría: acomoda sus facultades como si fueran cañones de pesado calibre, en bastiones de piedra. El genio acierta más y yerra más, puesto que en sus movimientos de felino conquista rápidamente su presa; o choca con hondas dificultades para lograrla. Suple su falta de medida y de orden con el vértigo de la velocidad; o con el desborde de la inspiración. El talento anda: el genio vuela.

253.—Otra vez la parábola del cohete y de la flor:

El talento:—Tú eres precipitado y brusco.

El genio:—Opongo a tales cargos el amaneramiento y suavidad de tu orden.

Soy rápido, pero tú eres lento; soy atropellado, pero tú monótono.

El talento:—Yo gano todas mis pequeñas batallas.

El genio:—Prefiero perder las pequeñas para ganar las grandes. Seré, sin embargo, justo: tú cantas como el sonido . . .

El talento:—Ya lo sé, megalómano: y tú como la luz, te precipitas y alumbras.

254.—Aunque las cosas son para nosotros como las miramos, lo que no observamos de ellas puede sorprendernos con nuevos mirajes. Su realidad es inagotable.

255.—La montaña:—Te miro con desprecio, valle bajo y tranquilo. Hiendo las nubes y los vientos bravíos de las tempestades; y cuajo en mis precipicios, las nieves.

El valle:—Creeceré con el torrente de lodo de tus deshielos y con los despojos de tus altas batallas.

La montaña:—Cuando me haya deshecho sobre tus planicies, estarás oculto bajo mi cadáver. Mi destino es llegar a cubrirte para siempre.

El valle:—Serás baja y tranquila conmigo.

La montaña:—Entonces la falta de montañas llenará el haz de la tierra de una tempestad sin fin, que estremecerá mis despojos sobre tu espalda.

Un viajero:—¿No son, la montaña y el valle, un mismo pedazo anatómico del continente? ¿Qué los distancia entre sí y del resto del cosmos?

Una voz:—Los separa,—¡oh viajero curioso!—cuanto los une; y los une cuanto los separa.

256.—Siempre habrá, frente al concurso de dos o más ideas adversas, una más vasta que las comprenda y las domine. Hay un espacio sin límite alguno entre las concepciones supremas de un instante y el resto del infinito. Traspasar lo mejor, escalando el espacio sin fin, es un deleite y una gloria para los exploradores más valerosos del mundo: los genios.

257.—Heinz Heimsoeth: “La antigua división tripartita: el cuerpo, el espíritu y el alma. El espíritu es descrito como un cuerpo sutil, de origen cósmico, que une el alma con el cuerpo y al hombre con todo el universo”. Goblot: “En el sentido metafísico, el espíritu se opone a la materia o al cuerpo y designa la sustancia que piensa, siente y quiere, en oposición a la sustancia extensa e impenetrable. En el sentido psicológico, el espíritu es el conjunto de las facultades intelectuales, opuestamente a las afectivas y a la voluntad”. Platón creía que el mundo objetivo tiene un alma propia que lo dirige, creada por Dios. Los estoicos, sin decir quién la creó y sin establecer relaciones platónicas entre el alma y Dios, también la afirman. Lo cierto es que se ha reconocido siempre una insoluble antinomia entre lo superior invariable y lo inferior variable, aunque algunos resuelvan el conflicto declarando que todo es alma o que todo es materia. El siglo XX pregunta: ¿Qué es la invariabilidad? ¿Qué es la variabilidad? ¿Qué es el alma? ¿Qué es la materia? De cualquier naturaleza que sean las cosas para mí, sólo me es dado afirmar que el siglo actual repudia el concepto vulgar de materia. Las exploraciones que hace la ciencia moderna en átomos y electrones, lo están demostrando ampliamente. Y aunque la filosofía espiritualista no sabe tampoco qué es el alma y el espíritu, al sublimar la vida superior sobre el lodo pesimista de los retrógrados, se acerca más a la complejidad abismal del eterno conjunto.

258.—Que no se diga, pues: todo es materia: no vale un comino conservar la vida. Más cerca de la verdad es sublimar estos desconocidos objetos, capaces de conservar sus átomos—según lo expresa la ciencia más avanzada y más sólida—al través de todas las épocas. Un grano de eternidad vale más que un no probado y rudo concepto de los fenómenos que denominamos materia, en forma interminablemente dudosa y, por esto, impropia. Seamos capaces de comprender que todo es un infinito milagro.

259.—El filósofo comprende que es un deber suyo luchar contra los conceptos vivos y pesarosos de la masa anónima, que asaltan y entristecen, a diario, a su alma. Para él todo es divino. Para las masas ciegas que imponen su vitalidad al medio, todo es ensombrecido prejuicio, aburrimiento y agobio. No obstante, la melancolía colectiva es, ella misma, un fenómeno con sentido raigal y sustancialmente humano. Lo observa el alma depurada y solitaria de los mejores y encuentra en él, un motivo de lucha, un pretexto renovador que potencializa y dinamiza su brazo en delicada esfera de símbolos. ¡En verdad, oh alma luchadora y trágica, también es milagrosa la negación del milagro!

260.—El temperamento es el estilo sentimental de un hombre; su pasionalidad hecha método; pero también su espíritu transfundido en carne; la fuerza impulsiva de los sentidos que devora la imagen externa, para renovar el fondo incógnito del surtidor humano.

261.—La intensidad del trabajo mejora la calidad; y la calidad estimula el ánimo para aumentarla. Por esto los grandes hombres no tienen más vacaciones que las definitivas.

262.—Miradlo: encontró una mina de piedras preciosas en las hondonadas de la cordillera. ¿Será prudente aconsejarle el descanso?

263.—Plejanov: "El kantismo no es una filosofía de combate ni de hombre de acción". También pudo haberse dicho lo mismo de la dialéctica hegeliana, tan explotada, aunque a su modo—opuesto al idealismo de Hegel—, por el materialismo histórico. Hay filosofías que no se proyectan, de manera inmediata, en la vida práctica, no por la mayor o menor abstracción

que las caracteriza, sino por el rumbo que les es peculiar. Otras tienen consecuencias directas en la conducta del medio que las alimenta, no por buenas o malas, sino por el carácter que las distingue. Pero no es necesario que las filosofías, para ser prácticas, metodicen propagandas de plaza pública; o la construcción de barricadas de combate en las calles. ¿Quién hubiera pensado que las parábolas de Jesús contienen un bagaje práctico capaz de orientar la cultura mundial al través de innumerables milenios? Todas las filosofías que se dirijan al corazón de los pueblos, están hechas para levantar las guerras sagradas y organizar, con el espíritu divino, la paz de los hombres.

264.—Aconseja Lessing al artista “no escoger nunca el grado más culminante de intensidad en la acción”, para expresarlo. Afirma que “en todo el desarrollo de un sentimiento, el instante del paroxismo es el menos favorable a la ilusión” artística. “Más allá no existe ya nada; y mostrar a los ojos el grado extremo equivale a atar las alas de la fantasía”. “No pudiendo elevarse por encima de la impresión sensible, la ilusión se ve impelida a descender a imágenes más débiles, por encima de las cuales teme hallar la plenitud visible de la expresión que detiene su vuelo”.

¿Recibirían con gusto, tales consejos, los trágicos griegos? ¿Los aceptaría el desmesurado espíritu creador del Dante? ¿Y todos los mayores imaginativos del mundo?

Mejor consejera que Lessing, la naturaleza nos suministra tempestades inmensas; espacios y tiempos sin medida alguna; el complejo infinito sin término posible.

El esteta alemán busca el sentido de la proporción, del equilibrio y de la medida, para obtener un sereno y colectivo consenso que asimile la obra de arte. Pero el filósofo y el artista en grande escala, no toman de modelo al mesurado ideal de un tiempo determinado, sino, preferentemente, al universo mismo, aunque el buen gusto repudie, por ineptitud, al demonio de lo desbordante y lo sublime. Los grandes espíritus repulsan todo ideal femenino de la medida, de la proporción y del equilibrio. Prefieren el aplauso de su propia conciencia, al de una crítica retenida y medrosa de su contemporáneos.

265.—Quintiliano nos recuerda que “nada enciende sino el fuego, nada moja sino el agua; y no ha de esperarse de cosa alguna que dé a otra el calor de que ella carece”. ¿Cómo, pues,

no has roto o quemado tus máscaras? ¿Piensas convencer al mundo con los afeites del rostro, con la simulación de lo que no sientes, piensas o eres? Por eso la característica fundamental del genio es su devoción al fuego que devora y al agua que inunda. Y su odio irreprimible por los gestos inútiles de la incultura humana. He aquí un tema viejo que renuevan siempre incontables millones de hipócritas.

266.—La espiga es un monótono regalo de la campiña.

—También el hambre que la devora, al través de las épocas, es de una monotonía sin límite.

267.—“Los libros—escribe Ruskin—pueden dividirse en dos clases: libros de una hora y libros de todo tiempo”. Buenos y malos, para un día o para todos los días. Pero no creáis que una obra consistente, capaz de trasponer las fronteras de la época, sea necesariamente grata para ella. A veces la gloria de un autor consiste, en forma precisa y categórica, en ser insospechada por el tiempo que la cimenta. Por ello el fácil aplauso la conturba y afloja.

268.—Autores hornigas: los que acarrean con enormes esfuerzos, los productos externos que han de alimentarlos.

Autores arañas: los que tejen su vivienda con el hilo de su propio vientre.

Autores hienas: los que se nutren de cadáveres.

Autores topos: los que atrofian sus ojos en las madrigueras de vastos silencios.

269.—Nada más doloroso en el hombre superior, que su lucha con la pasión honda—y jamás controlada completamente—que lo induce a transitar, con pesadosa incertidumbre, por lo desconocido. Sin ella, no obstante, se agostaría en su propia casa como un lebrele lleno de sarna.

270.—La embriaguez que turba los sentidos, no; ni el goloso apetito del manjar; ni la excesiva inclinación, sin miramiento a la verdadera ternura, del impulso voluptuoso. Tales son mis normas y mis ejemplos. Siempre con la clara conciencia de mis ideas, de mis pasiones, de mis deseos. Los discípulos han descubierto, por eso, que la desnudez de mi alma es cosa fácil de ser mostrada. Benditos sean mis padres que me heredaron un corazón recto y un ánimo limpio de bajeza o de torcedumbre.

271.—Para el siglo XVII la palabra pensamiento—Descartes—abarca todos los hechos psicológicos que “en tanto se tiene conciencia de ellos, son, en efecto, fenómenos intelectuales”. La verdad es que la clasificación de nuestras facultades y hechos internos, no es más que un recurso artificial de estudio. Las ideas son pasiones en larva; los sentimientos, ideas arbóreas; los deseos, el impulso gravitatorio del cuerpo ideológico y el sentimental.

272.—Monismo, dualismo y pluralismo. Si la razón humana fuera el mayor centro de interés del cosmos—cognoscentrismo—habríamos de resolvernos, necesariamente, por uno de estos tres caminos. El universo trasciende a la matemática más precisa.

273.—El Dios barbado de los antiguos es al hombre—antropocentrismo—, lo que el panlogismo hegeliano—idea cognoscéntrica—, es a la razón. Un Dios a imagen y semejanza del hombre, por un lado; y un universo a imagen y semejanza de nuestra pobre razón, por el otro.

274.—Poned sobre una tabla rugosa, una cantidad suficiente de plasticina para cubrirla. Separadla luego y obtendréis en esta última, la reproducción de la accidentada superficie de la madera. El raciocinio no es más exacto al plasmarse sobre los objetos que estudia: los reproduce al revés. Sin embargo, pregona luego que los conoce esencialmente.

275.—Hay algo, no obstante, que nos demuestra la existencia del mundo exterior: el relieve inverso que obtenemos en su contacto.

276.—Otra conquista: el convencimiento de que el raciocinio tiene con su objetivo, el nexo común existencial, que hace posible el contacto entre ambos.

277.—La libertad del artista consiste en modificar los relieves de sus objetos, de manera que su sentimiento apreciativo se acomode, a su gusto, al ideal estético que haya escogido para desenvolverlo. El hombre de ciencia se somete, en cambio, a los relieves virginales de sus motivos. Y el filósofo, a la trastienda del cómo y del por qué de los suyos. El sentido de la responsabilidad, en sus más vastos términos,—la moral—, es libre en

8 cuanto es un arte; esclavo del mundo exterior, en lo que es ciencia; y de las razones últimas, en aquello en que está dirigido por la filosofía. Por donde se aprecia que la ética es el eje vital de la existencia humana, porque mueve el rodaje entero de su idealidad.

278.—¿Por qué el estilo sobrepasa al prestigio de las ideas que representa con el juego de sus imágenes? Porque es un producto de la libertad creadora; porque esta libertad es el más digno ejercicio de la esencia espiritual del hombre; porque entraña, en suma, la alineación personal de sus gestos.

279.—Mientras se creyó que el hombre podía ajustar sus aspiraciones de conocimiento a un sistema, dando por desorientada y confusa la mente que no lo hacía, el crítico estaba seguro de establecer medidas precisas entre los escritores sistemáticos. No obstante, tropezó con su realidad vital: cada uno dividía sus conceptos del mundo, por edades más o menos precisas. El caso de una filosofía correspondiente a un Hegel joven y la relativa al Hegel maduro, se repite, con violencia o sin ella, en todos. Ahora el pensador es menos ambicioso en cuanto no pretende enmarcar al universo entero en su espíritu; y mucho más, si consideramos que desea colocarse frente a la verdad, no por el sistema que pueda tributarle para que los críticos se solacen en su contemplación como en la de un palacio, sino por la capacidad de asimilarla con un orden apolíneo o con un desorden dionisiaco, fuera de todo cálculo impresionista.

280.—¿Cuál es el filósofo más rico?

—El que sugiera el mayor número de puntos de contemplación a la mente humana. El más ágil para colocarse frente a la innumerable cantidad de estímulos que nos mueven. El que no se deje encadenar ni por sus propias palabras.

281.—¿Cuál es, en tu opinión, el filósofo más grande que ha producido la tierra?

—Aquel que supo teñir, cada una de sus palabras, con una gota de sangre; aquel en quien no se puede pensar sin que los ojos se llenen de lágrimas; aquel ante cuya figura se inclinan los más orgullosos pensadores de todas las épocas.

282.—El hecho extraordinario de que la metageometría demuestre que el universo es finito—el de las estrellas, que se

había supuesto infinitamente monótono—, es una prueba de que más allá de los astros existen mundos diferentes, regidos por insospechables normas. Hemos de suponer que estén habitados por seres distintos a los estelares, superiores o inferiores a ellos, cuya ciencia, cuyo arte, cuya filosofía, no imaginamos, ni con millones de profundas distancias, los topos terráneos.

283.—Los hombres empiezan a ser grandes, cuando advierten que sus actos y sus pensamientos tienen una fisonomía pueril. Los grandes hombres son niños que pueden determinar la puerilidad de su tiempo, traspasando sobre él umbrales inmensos.

284.—Uno de los conocimientos más hondos y más útiles, es el que se adquiere midiendo la profundidad de nuestra ignorancia.

285.—Ese hombre es un sabio: no acepta los presuntos conocimientos ajenos, ni los propios.

286.—La duda metódica de Descartes no era más que una preparación subterránea del espíritu, para inspirar luego mayor confianza en la solidez de la superficie. La filosofía tiene también sus grandes estrategias.

287.—Si lo general no abatiera, en gran modo, a lo particular, las palabras que lo simbolizan tendrían precisos significados. Pero hemos de convenir en la creación de símbolos que se aproximen a la verdad, en la expresión de todo género de ideas. Sólo que el verdadero filósofo descuenta lo falso de este necesario artificio creado por la necesidad socializadora de las ideas. Y cuando se refiere a las ciencias, al arte, a la metafísica, a la conducta, deduce imaginariamente la falsedad del idioma; y declara que toda disciplina humana no es más que un impulso aproximativo al fenómeno real. Es decir que no hay nada que niegue más al espíritu filosófico, que el fanatismo en los gestos culturales.

288.—Las categorías metafísicas son el esfuerzo máximo por encerrar lo infinito en lo finito; por abatir la realidad de lo diferente, en lo idéntico; por transformar lo heterogéneo en lo homogéneo; por hacer una adaptación violenta del universo, en el alma humana.

289.—Deseamos que la sabiduría universal se transforme en un fenómeno interno del hombre. Justifica esta pretensión el hecho de formar, nosotros mismos, una parte de la naturaleza.

290.—El hombre no es más que un espejo que tiene conciencia de serlo.

291.—Son tan interesantes las ideas más disparatadas del hombre, como las flores más raras del bosque. Conservan una realidad propia, digna de profundos estudios.

292.—En cuanto petrificamos un concepto, le calcinamos su germen creador.

293.—El hombre lanza la semilla de trigo en el surco, en la esperanza de que se transforme en espiga; y recoge y muele a la espiga, en el deseo de que se transforme en sangre.

294.—Dice Federico Sallet: "Amontonar lo diverso es ciencia inferior; simplificarlo hasta obtener la idea fundamental, es ciencia superior". Digo yo: ordenar lo diverso desde el punto de vista de sus analogías, sin abatir sus diferencias, como lo hace en el fondo la naturaleza misma que lo ha creado, equivaldría a establecer la ciencia máxima. Mas, el que simplifica extrae de lo diverso una entidad nueva, un simple símbolo aproximativo a lo análogo que lo enhebra en un solo grupo. Por tanto, la simplificación no es más que un simple recurso mental, de carácter pragmático. Y de ninguna manera un método absoluto de la ciencia.

295.—La simplificación envuelve a lo análogo en lo idéntico, en virtud de una licencia mental. Sin embargo, pensando con todo rigor, no se ha de poner en olvido que toda cosa tiene su lugar y su tiempo inconfundibles, por análogos que sean al ambiente que los rodea. Sin esta patética individualidad de las cosas, no se podría pensar en que el cosmos se afirma, en cada una de sus más pequeñas partes, como el remache en el bloque de hierro: con toda la virtualidad de su fuerza.

296.—¿Qué te ocurre?

—Acabo de oír por la radio la dramatización de la vida de Verdi.

Imposible escucharla sin que el corazón se estremezca de angustia.

—Al fin Narciso: miras en Verdi tus dolores y tus fracasos. Por eso lloras. Por los de él, pero más por los tuyos.

—Ahora sólo me falta que mi posteridad comprenda estas lágrimas, ya que mis contemporáneos se niegan a explicar la promesa de mis fracasos.

297.—Mira: desprecio a ese hombre.

—¿Despreciarías a un átomo, a millones de átomos, a una célula, a millones de células, al juego milagroso de los tejidos humanos, a la máquina indescifrable del ojo y del cerebro?

298.—Remo:—Mi indiferencia cubre los problemas más graves de la vida.

Pompeyo:—La mía es más amplia: se complace en saber ignorarlos.

Mario:—La que yo aliento, ni los ignora, ni los enumera: no hace otra cosa que sufrirlos pacientemente.

Un cuarto:—Cobardes: fingís indiferencia por lo que os interesa y os mueve a despecho de vuestras sabias palabras: yo afronto los problemas, por pequeños o grandes que sean, con el ánimo de resolverlos, aunque muchas veces la complejidad de su fuerza alcance a aplastarme. Vuestra indiferencia—vacío interno sin logro posible—, no es más que el miedo que inspira lo desconocido. ¿Pero es que olvidáis oponer, a lo desconocido externo, el poderoso enigma de vuestras propias vidas?

299.—Es mayor la movilidad del tigre en acecho, que la del otro que se dirige con rapidez a la cueva.

300.—La mayéutica o método positivo de Sócrates que se apoya en el principio de "que la ciencia no se comunica", sino que ha de ser descubierta por cada uno en sí mismo, en forma metódica, es precursora del neopositivismo, que no acepta sino la realidad patética de un momento y de un espacio dados. Es un anuncio de mi filosofía del gesto, en cuanto éste pertenece al observador *personal*; y en la medida en que sólo el matiz propio conserva el impulso virgíneo, incomunicado e incomunicable, de cada tipo humano.

301.—El *asunto* es comparable, por su multiplicidad y for-

ma de colocación de sus aspectos, a una esfera. Puede ser visto, en términos generales, de dos maneras cómodas, aunque artificiosas por su simplismo: la superficial y la relativa a su masa. Colocarse en la superficie de un *asunto* es adaptarse, como si se tratara de la tierra, a innumerables climas. La climatología ideológica estudia zonas polares, templadas, tropicales; alturas medias y superiores; valles y abismos inclasificables. No es raro, sino natural y hasta necesario en cierto modo, que un *asunto* sea comprendido, según el clima que lo influya, diferentemente por cada analista, en tiempos diversos. Y así se explica la psicología de los pensadores antípodas y de los que, aunque no lo sean, están situados en espacios distantes.

Si pensamos en que no vemos las cosas sino por sus rasgos artificialmente generalizados y no por su estructura atómica—recuérdese el análisis de una mesa hecho por Beltrand Russell en su Introducción a la Filosofía—se llega a comprender que la complejidad del *asunto* es tal como queda descrita en este aforismo. Imagine el lector si estas masas ideológicas pueden ser agotadas por el más penetrante filósofo.

302.—Weimar perdona las aventuras de su duque y de sus cortesanos. Pero se impacienta contra el favorito de la corte—el autor de Werther—a quien le ha buscado, durante diez años, algo que reprocharle. Es que lo invulnerable mide las fuerzas del vulgo, en forma despectiva que rebaja y encona.

303.—Werther y Clavijo se escribieron casi en una sentada. Y aunque después su autor sustituyó “el tiempo furioso”, por “la rutina del artífice medioeval”, no por esto dejó de ser, tal el tigre que acecha, veloz en el reposo como en el viaje.

304.—Ludwig: “Mientras los escritores alemanes se nacionalizan cada vez más, Goethe amplía sus temas, sin dejarse influir y se abisma en el fondo internacional”. Mientras los escritores americanos se hacen, hora por hora, más autóctonos, yo les predico la muerte de las fronteras y el advenimiento de una raza vertiginosa, mezcla de todos los troncos étnicos, que ha de aspirar, algún día, a fundir su cultura con la de otros mundos lejanos.

305.—No hay deleite más grande para los grandes hombres, que la lectura de las biografías de personajes célebres. Tampoco

existe placer más grande para las mujeres bellas, que la confianza halagadora de sus espejos.

306.—Ludwig: “Al mismo tiempo Goethe lee obras de biografos del siglo XVIII; y vuelve nuevamente al maestro a quien ha seguido durante toda su juventud: Plutarco”. Os confieso que me siento con valor de agregar: amo y sufro con los grandes hombres cuyas vidas estudio; y con frecuencia vuelvo los ojos a Weimar.

307.—Goethe conocía la estructura esférica de los *asuntos*. Por eso dijo: “La gran diversidad de las tendencias de mi sér me impide satisfacerme con una sola manera de pensar”. También llegó, en mi concepto por una profunda admiración de lo complejo, a la idea de la Divinidad. Si la juventud del mundo me pidiera un maestro para el siglo XX, le indicaría por todo ello, sin duda alguna, el camino de Weimar.

308.—Frase de Goethe: “Mis obras son fragmentos de mis pasadas existencias”. “A menudo me hago el efecto de una ostra mágica sobre la que pasan ondas extrañas”. Sabía que todo lo que piensa el hombre es posible. E infinito número de veces más...

309.—Plutarco es a Goethe lo que Virgilio al Dante. Lograron el alemán y el italiano, concretar el verdadero oficio de los discípulos: sobrepujar a sus maestros. De algún modo lo consiguió Platón sobre Sócrates; y Aristóteles sobre Platón.

310.—Cuando el maestro se ve disminuido en su discípulo como Aristóteles en Teofrasto, piensa que inclina su frente sobre el vacío. Sólo que la Edad Media restituyó de sobra, al viejo Aristóteles lo que le negara el discípulo. Pero, ¿olvidamos que fecundó también la mente de Alejandro?

311.—Me preparaste para la filosofía y resulté conquistador.
—¿Ignoras, macedonio, que el alma humana es una espada de mil filos?

312.—Cuando un hombre piensa o descubre lo ya pensado o descubierto por otros, obtiene, de manera intrínseca, el mismo mérito de ellos. Pero las consecuencias extrínsecas del asunto desaparecen; y, por tal motivo, sólo queda, en las manos de este hombre, un diamante sin luz.